This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 3639.08.20

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

Cover

BIBLIOTECA NATURALISTA.

Dr. Tamames

Un viaje á México

Aventuras de dos cubanos

20 CENTAVOS

1908

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA EL IRIS

CUBA 45

BIBLIOTECA NATURALISTA.

Dr. Tamames

Un viaje á México

Aventuras de dos cubanos

1908

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA EL IRIS
CUBA 48

SA 3637.08.20
Y

HARVARD COLLEGE
Dec 16. 1926
LIBRARY

Latin American
Fellowship Fund

A su amigo de la infancia y hermano del alma, el exquisito pintor F. P. C., dedica este libro

El Autor.

UN VIAJE A MEXICO

PRIMERA PARTE

Mérida de Yucatán

I

Aquella mañana sentí que me sacudían fuertemente, y desperté atolondrado por los gritos de mi compañero de cuarto:

—¡Arriba, vate! ¡Hoy nos embarcamos!

Era lunes. Desde la semana anterior debíamos haber tomado pasaje para México, solo que á Pedro le costaba trabajo dejar la Habana; me decía que, ya que estaba "en manejo," quería divertirse unos días más, seguro como se hallaba de embarcarse cuando le diera la gana. Pero yo era perro viejo para que me viniera con ese hueso; Pedro estaba locamante enamorado de una mujer con la que hacía algún tiempo que vivía en concubinato, y aquella mujer acababa de abandonarlo, de escapársele, aprovechando un viajecito que al interior de la República tuvo que dar él, nada menos que para cobrar una herencia.

Cuando Pedro volvió á la Habana, con algunos miles de pesetas en el bolsillo, Ofelia, la ingrata Ofelia había desaparecido. Y no era de temer que, como la ideal hermana de Hamlet, esta Ofelia se hubiese ahogado por su trágico amor á las flores, ¡quiá! Para flores las que echó y echaba Pedro por la boca.

—Chico, no me jeringues más con Ofelia.—le decía yo—¿No te ha dejado sabiendo que ibas á manejar dinero? Pues la cosa no tiene vuelta de hoja: la mujer no quiere seguir viviendo contigo.

—Pero Luis, ¿tú no comprendes lo que duele esa acción tan cochina? Además, Ofelia siempre creyó que lo de la herencia era "obras" mías.... y yo quiero que me vea los centenes, que no soy un "bruja" toda la vida, Después no me ocupo más de ella... palabra que sí....

Yo me encogía de hombros. Pedro no tardó en averiguar que Ofelia se había embarcado para México, pues ya tenía sospechas de ello. Supo también que su ingrata querida se había "establecido" en Mérida de Yucatán, al frente de una casa de lenocinio, idea que ella había venido acariciando desde tiempo atrás, inducida por amistades de su calaña.

Cuando Pedro hubo averiguado todo esto, pesquisas que me ocultó, aunque vivíamos juntos, me dijo, con la mayor desfachatez:

—Chico, pienso ir á Europa, á gastar alegremente mi dinero, á divertirme. ¿Quieres venir conmigo? Te llevo; tú sabes que lo mío es tuyo.

Noble Pedro, bonísimo Pedro; era una lástima que fuera tan irreflexivo; en cambio, llevaba

siempre el corazón en la mano, y daba la mano á todo el mundo.

—Conque á Europa ¿eh? Si me llevas á París te acompaño.

—Pues está dicho, ¡á París! Pero oye..... primero tenemos que ir á Mérida de Yucatán.....

—¡Cómo! ¿A Yucatán? Ah, ya te veo venir. Lo que debemos hacer es sacar pasaje directo para el Havre.

—No, chico, iremos desde Nueva York. Ni una palabra más; ya puedes irte preparando.

Y en los preparativos se fueron muchos días, atareadísimos como nos hallábamos dandole dirección al chorro de monedas de oro que Pedro dejaba escapar diariamente de su bolsillo, para celebrar su fortuna al mismo tiempo que distraía su pesar moral. En fin, aquel lunes, en un santiamén preparamos los baules y tomamos pasaje á bordo del "Monterey," pletóricos de salud y de alegría, rumbo á Progreso. Pedro me confesó, ya instalados á bordo, que iba á darle "caritate" á Ofelia, y gozaba con aquella idea tanto como yo con la de lanzarnos hasta la ansiada Europa, á la soñada Francia del París que amamos en silencio los "inconsagrados."

II

El miércoles, al amanecer, fondeó el "Monterey" en la bahía de Progreso. A lo lejos, confundida con la línea del horizonte en que se unían mar y cielo, apenas se adivinaba la tierra mexicana; de Progreso solo se veía la brillante luz del faro, como una estrella olvidada en el pálido alborear del día. No obstante, habíamos

llegado; poco tardó en acercársenos, hasta atracar á un costado del vapor, el bote de la Sanidad del puerto, en cuya popa flotaba el pabellón de Juarez, cuyos matices rojo, verde y blanco despertaban en nosotros honda simpatía.

Desembarcamos con el pecho ensanchado por la pureza de la brisa matinal y las emanaciones salinas, que los pulmones aspiraban afanosamente. A mis ojos todo era nuevo, y Pedro, que conocía á Yucatán, comenzó á servirme de cicerone; pero no tuvo que fatigarse mucho, porque Progreso es, precisamente como ciudad, un progreso muy relativo, y sus cuatro casas, su mercado, su plazoleta en medio de la cual se yergue, dentro de la población, el faro, y sus muelles y playas mal olientes se dejan sin pena al tomar uno de los dos ferrocarriles que la unen á Mérida. Solo estuvimos cinco horas en aquel Progreso, bañado á plomo por los rayos de un sol de julio, abrasador, sin un átomo de verdor y de sombra; á las tres de la tarde ya cruzábamos, "enferrocarrilados," aquellas inmensas fincas henequeneras, de las cuales saca cada propietario yucateco algunos miserables milloncejos.

Como á las seis de la tarde llegamos á Mérida, que afortunadamente para el desmedido sentimiento regionalista de los nativos, es hoy una ciudad muy distinta á la que yo conocí, cuando "el siglo tenía tres años." Actualmente Mérida posee alcantarillado y sus calles pavimentadas dejan muy atrás á las de nuestra enfatuada Habana; pero en la época á que me refiero, y en primavera, era Mérida una parodia bufa de Venecia. Me pareció muy divertido, el hecho de que nunca anduviéramos á pie, no por el lujo

de gastar coche, sino por la imposibilidad de transitar nosotros pedestremente por aquellas calles, donde el agua cenagosa cubría los tobillos del enjambre de mestizos descalzos que pululaban por ellas, con sus calzonazos blancos los hombres y sus blancos "hipiles" (especie de camisones) las mujeres, como una nota de discordante albura en la ciudad fangosa. Los que se me antoja llamar coches-góndolas, se alquilaban por medias horas, como mínimun, y la hora solo costaba un tostón, [cuatro reales fuertes] baratura que nos permitía á nosotros, poseedores de una respetable cantidad de greenbacks, que creíamos más respetable aún, en virtud de la enorme depreciación de la moneda mexicana con relación á la de los Estados Unidos, tener siempre el coche á la puerta, aunque estuviéramos durmiendo la siesta; calculando que allí nuestro calzado de "La Dominica" costaria quince duros y apenas podríamos usarlo después de enlodado, el lujo del coche entraba en los gastos menores. Nos albergamos en el hotel "México," á media cuadra de la plaza de la Constitución, y apenas sacudido el polvo del camino fletamos una góndola... de cuatro ruedas, tirada por un penco anfibio. Pedro hizo ciertas diligencias, hasta enterarse del sitio en que hallaría á Ofelia, y nos fuimos á comer, ya de noche, al restaurant "París," que era caro, pero que nos pareció atrozmente barato porque al pagar la comida, con un billete de cinco dollars, nos convencimos que el papel yucateco estaba al doscientos cuarenta y cinco.

A eso de las diez, aburridos de tomar cerveza "Moctezuma" y fumar de nuestra provisión

de "Carunchos," hicimos señas á nuestro "gondolero" para que "atracara" á los portales del "París." Pedro, ya nervioso, no me ocultaba que ardía en deseos de presentarse á Ofelia, con un gesto solemne de vengador, "solo para ver qué cara ponía ella."

Y montamos en el coche, diciendo Pedro con entonación completamente yucateca:

—Dele vuelta.

—¿Vuelta á quién?—le pregunté.

—Hablo al cochero. Esto es muy "célebre," chico; aquí no dices tú, calle tal número tantos; te montas y tienes que ir dando la dirección al cochero. Para doblar dices ¡derecha! ó ¡izquierda! al llegar á las esquinas.

—¡Hombre, hombre, qué curioso está eso!

—Tú fíjate.—y asomando la cabeza exclamó:—¡derecha!....

El cochero obedeció y la "góndola" dobló una esquina, y así, después de media docena de derechas é izquierdas, salimos del centro de la ciudad. A la sazón caminábamos, en medio de una obscuridad densa, por entre dos cercas de pedruscos y cascotes, de poco más de un metro de alto, que me parecían interminables. Aquello era los suburbios de Mérida; de trecho en trecho, adosada á los muros de piedra, aparecía una choza ó casucha construída, como las de nuestros arrabales, con lodo seco y cujes; y detrás de ellas el follaje de los árboles hacía creer que nos hallábamos en pleno campo; las patas del caballejo se hundían y chapoteaban en la negra y silenciosa corriente de agua fangosa, sobre la que los faroles del coche arrojaban un resplandor movedizo y debil.

Recuerdo que experimenté una sensación de malestar al encontrarme así, de noche, en medio de aquel campo obscuro, dentro de un coche arrastrado sobre un pantano interminable, y con la seguridad de que me separaban muchas leguas de la Habana, del Prado y del Parque Central.

Y exclamé, interrogando las sombras que nos rodeaban:

—¿A dónde demonios vamos, Pedro?

—Al "congal" de Ofelia. Chico, aquí "el barrio" está muy lejos del centro de la población.

—Ya lo noto. Supongo que no harás más que vèr á Ofelia y nos largaremos enseguida.

—Naturalmente. Mira, ya estamos llegando.

En un claro apareció una casa baja, con portales, rodeada de árboles. Por la puerta abierta salía un haz de luz y se oían confusas voces. Habíamos llegado. Nuestra "góndola" se puso en fila, al lado de cinco ó seis que permanecían estacionadas á un costado de la casa, y cuyos faroles encendidos parecían brillantes ojos que miraban en la obscuridad de la noche. Echamos pie á tierra en los momentos que una mujer salía á los portales, balancéandose y cantando chillonamente, con música de "La marcha de Cadiz," una parodia obscena del "duo de los patos."

Entramos en un salón donde había media docena de muchachas tumbadas sobre los sillones, bostezando de sueño ó aburrimiento. Pedro preguntó por Ofelia y le dijeron que estaba "por ahí adentro."

—Espérame aquí—me indicó.

Y se internó en la casa. Me senté, mirando con curiosidad á mi alrededor. Aquello era un

"congal," esto es, un lupanar, un prostíbulo meridense. La sala estaba pobremente amueblada, sin cortinajes en las puertas; habia, en la pared, un espejo dentro de un marco ovalado, de regulares dimensiones, y un piano y una docena de butacas completaban el mobiliario. No tenían pianista aquella noche, y los pocos visitantes, dueños de los coches que esperaban en la puerta, se hallaban adentro, en la cantina del establecimiento, prefiriendo la bebida á la sociedad de las mujeres que estaban en el salón, y que me habían mirado con indiferencia, sin hacerme caso, quizás porque yo permanecía mudo, en un rincón, oyéndolas hablar una gerga salpicada de frases pintorescas, con las mejillas y los labios llenos de colorete y la mirada cansada y soñolienta.

Pedro asomó acompañado de Ofelia, y me hicieron pasar á la habitación de ésta.

—¿Qué tal, Luis?

—Yo, bien. ¿Y tú?

—¡Figúrate... con la sorpresa que me ha dado Pedrito! ¡Qué iba yo á imaginarme que había salido de la Habana!

Y ante mis ojos asombrados lo besó, acariciándolo con mimo de gata, insistente y restregador. La cara de Pedro, que hacía esfuerzos inauditos por demostrar enfado, tenía cierta cómica estupefacción, y me mordí los labios para no soltar la carcajada. Pero ante los "chiqueos" de Ofelia no era posible disimular. Comprendí que, no obstante, Pedro hizo un supremo esfuerzo para demostrarme que aquello no pasaría así, sin lucha, sin que él anonadara á su querida con

toda la razón que le daba la falta cometida por ella, y la rechazó de un manotón, exclamando:

—¡Quítate! ¡No quiero que me beses! ¿Crees que te voy á perdonar la cochinada que me has hecho?

—Mi "hijito," ya te dije que te explicaré lo que ha pasado, y verás como me das la razón. Si te iba á escribir en estos días....

Comenzó á charlar con pasmosa locuacidad, sin dejar meter baza á Pedro, y unos instantes después había variado maquiavélicamente el giro de la discusión; ahora era ella la que le tomaba cuenta á él de ciertos pecadillos de los que no estaba limpia la conciencia de Pedro, obligado, como un mal jugador de ajedrez, á defenderse del ataque sin poder tomar jamás la ofensiva. Sentado él al borde de la cama, ella descansaba sobre una rodilla de Pedro su cuerpecito delgado y ágil, y lo besuqueaba, incitándolo á aquel juego de manos en que él la maltrataba, golpéandola como golpean ciertas gentes que lastiman cuando acarician. La abofeteaba casi en serio y ella le daba pellizcos y mordidas cuyo vivo dolor lo excitaba más aún, y la tumbaba sobre el lecho, insultándola, apretándole el cuello con una mano, con secreto deseo de poseerla y estrangularla á un tiempo mismo. Comprendí que no se atrevía á decirme que iba á quedarse allí cuando le oí lamentarse del cansancio, del estropeo del viaje. Yo también me sentía cansado y le iba á indicar la necesidad de reposo cuando Ofelia dijo:

—Anda, Pedrito; desnúdate y acuéstate.

El entonces reaccionó, replicando:

—¿Yo? No, "vieja." Me voy con Luis para el hotel; no pienso ni quiero dejarlo solo.

—Déjate de hotel ni de más boberías, mi "hijito;" además, ninguna necesidad tiene Luis de irse á dormir fuera; ¿no es amigo nuestro? Yo creo que él tiene bastante confianza con nosotros; que se acueste aquí, y si quiere mujer, que escoja la que le dé la gana. Para eso soy la dueña de la casa.

Pedro me interrogó con la mirada, como esperanzado de que yo aceptase aquella proposición, que echaría sobre mis espaldas, sofísticamente, la culpa de su derrota; pero yo me negué de un modo rotundo, aunque amable, tratando de hacerle ver que no daba importancia alguna á aquella complicación.

—Chico, por mí no tengas pena,—agregué —yo me vuelvo en el coche al hotel, y estoy bastante crecidito para perderme.... Eso sí, te recomiendo que vayas temprano á buscarme, porque solo y sin conocer esto, me aburriría atrozmente.

—Pero.... ¡quédate aquí, chico! Anda, despide el coche.

—No, decididamente, me largo. ¿No ves que estoy muy estropeado? Bueno, adiós, Ofelia.

—Hasta mañana, "viejito."

Y los dejé solos, me fuí al hotel, poseído de un extraño malhumor, hijo tal vez del desencanto que me había producido aquel Mérida, tan feo, tan sucio, tan triste.....

III

Algunos días después aquella mala impresión había desaparecido. Por otra parte, Pedro

dejó de inspirarme un temor lógico que abrigué al presenciar su reconciliación con Ofelia; porque, en los días subsiguientes al de nuestra llegada, mi noble amigo me demostró poseer tan locas ansias de divertirse, que al verlo lanzarse de lleno y arrastrarme á la orgía, me dí cuenta del fenómeno que se operaba en su alma. Su pasión por Ofelia, herida de muerte, iba á agonizar en el escenario natural de esos dramas del corazón; se hundía en el frenesí de la vida intensa, para olvidar, para cicatrizar.

Pedro y Ofelia se habían amado tres años consecutivos; ella, como todas esas pobres criaturas que reservan sus sentimientos para entregarlos por amor como lenitivo del asco de entregar su cuerpo por dinero, había sido para él todo lo que es un alma femenina cuando ama: madre, mujer, amiga; pero había delinquido: tal vez no creyó que, en realidad, Pedro iba á disfrutar pronto de aquella fortuna que venía anunciándole hacía tiempo, y fué traidora y perjura en los precisos momentos en que ambos hubieran podido ser felices: aceptó la protección de un rico yucateco que la perseguía desde el año anterior, en que había estado en Mérida con Pedro, y, decidida á aceptarlo, realizó su complot cuando éste, con algunos miles de duros en el bolsillo, volaba á la Habana para demostrarle que había llegado la hora en que podría pagarle su inmensa deuda de amor desinteresado y abnegación. Aquella huída fatal había sido la ofensa que se perdona, pero que jamás se olvida. Por eso me decía:

—Mira, chico; te juro que yo mismo no sé explicarme cómo, después de haber querido tanto á Ofelia, hoy siento un vacío, como si me la

hubieran arrancado del corazón; esto te lo digo en serio; no te niego que la quiero, no; me acuesto otra vez con ella... ¿para qué te lo voy á negar? Pero, ¿como antes? ¡qué vá! Esto ha concluído; no nos vamos hoy mismo de aquí, porque tengo una alegría especial en gastar un poco de dinero en este Mérida, donde pasé tantos trabajos el año pasado, con Ofelia....

Aquel "con Ofelia" era todo un poema, de remembranzas tristes; y es tan humana y tan disculpable esta indocilidad del corazón herido, trágica como el empeño de esos insectos que revolotean fatalmente sobre la llama que ha de abrasarlos, que yo guardaba silencio, comprendiendo que Pedro no tenía fuerzas bastantes aún para volver las espaldas á tres años de amor y felicidad perdidos para siempre

Ambas causas, pues, nos retenían en Yucatán. Habíamos adquirido preciosas amistades entre la juventud y hasta la "madurez" yucateca que se divierte; un elemento distinguido que en México, como en todas partes, vive, fuera de la buena sociedad á que pertenece, la vida de la orgía y del lupanar. En Mérida, población de orden inferior, ese elemento tiene una característica: es gente de mucho dinero, que lo derrocha allí, en aquel rincón del mundo, sin el ruido que en las grandes capitales hacen los terribles vividores, los "gigolos" y "bon vivants" de la aristocracia, que son sepultados todos los años en gran número por la vorágine del vicio dorado.

Y nosotros fuimos arrastrados por el maelstron con solo mojar los pies en la playa. Nuestra existencia comenzó á tomar un galope inquietante para los fondos de que disponíamos.

A este respecto hablábamos una tarde, en el hotel, mientras nos mudábamos de traje:

—Oye, Pedro. ¿Vamos á seguir así? Estamos gastando un dineral.

Debo advertir que dado el afecto que nos unía y mi presunción eterna de hombre reflexivo y pensador, Pedro me había entregado, desde la Habana, una fuerte cantidad para los gastos de viaje; yo llevaba, además, la cuenta de los gastos de hotel, coche, etc.

A mi observación, él replicó:

—Bueno ¿y qué?

—Ya hace ocho días que estamos aquí, gastando más de cincuenta pesos diarios....

—Son cincuenta pesos mexicanos, ni te ocupes. Dentro de unos días nos iremos; ¡déjame gozar de la vida, chico! ¿No te diviertes tú también?

—Ya lo creo. Pero opino que podemos hacer lo mismo viajando, viendo el más mundo posible. Con franqueza, chico, esto es horroroso; aquí si no va uno á los "congales," no tiene donde meterse.

—Tienes razón, nos largaremos.... Pero gúardate de decir que esto es feo donde te oigan los meridanos, porque ellos creen que Mérida vale tanto como París. El que habla mal de su tierra "se cae" con ellos.

—¡Buenas tardes, cubanitos!

—Hola, Loricel! Adelante; nos estamos vistiendo para salir á paseo.

Loricel era un joven alegre, hijo de millonario, que nos había sido presentado en un "congal," donde simpatizamos con esa rápida fraternidad de que nos sentimos poseídos cuando

algunas copas nos hacen encontrar bella la vida y amar, momentáneamente, á nuestros indiferentes semejantes. Era Loricel, precisamente, lo que se llama un hombre fuerte para la bebida, con la circunstancia agravante de que exigía que lo secundaran.

Según observé más adelante, los mexicanos en general estiman como una descortesía imperdonable que no se acepten y devuelvan cuantos brindis ofrezcan ellos. Por fortuna, en Mérida se toma mucho champagne; pero ya saben ustedes que si les convidan á media docena de litros, tienen que pagar otro tanto, para demostrar su perfecta urbanidad emborrachándose; lo contrario es "rajarse" descortesmente.

Loricel, con su cara risueña de luna llena, penetró en nuestra habitación, seguido de otro joven, que nos presentó en toda regla. Y seguidamente sacóse de un bolsillo medio litro de champagne, agregando, con voz nasal y chillona que contrastaba con su corpulencia respetable:

—Tomaremos una copa, cubanitos; vengo provisto.....

Entonces notamos que ambos venían medio achispados, y nos echamos á reir al ver que, después de registrarse los dos varios bolsillos, aparecieron, como por ensalmo, otras tres botellas de la espumante bebida. Loricel blandió un tirabuzón, diciendo:

—Tenemos saca-corchos..... "le hubimos" en el café de la esquina.

Hicimos que un camarero del hotel nos trajera copas. Descorchamos las botellas y brindamos, porque los brindis son imprescindibles; ningún mexicano lleva la copa á los labios sin

decir, por lo menos, ¡salud! Pero aquella vez, contagiados por la alegría, la cháchara incesante, con el sonsonete característico de los yucatecos, en que nos envolvían Loricel y el otro, cuyo nombre y rasgos trato en vano de recordar, brindamos Pedro y yo por la noble tierra mexicana, por la indiscutible hospitalidad meridense, etc. etc. Ellos nos contestaron al mismo tenor, y en medio de una mutua jabonadura cortesmente patriótica, entre Cuba y México, pronto nos pusimos á la altura de las circunstancias.

Una de las botellas, vacía, se escapó de las manos de Loricel y cayó al suelo, haciéndose añicos, y él objetó como para disculpar aquel lapsus, pero con gracia genuinamente mexicana:

—¡Qué chin...chorro! Estos aparatos no sirven para nada cuando se les acaba la cuerda.

Así empezó aquel día, por la tarde, la cuchipanda cuyo recuerdo evoco. A las tres de la madrugada "fondeaba" nuestra "góndola" frente al "congal" de Ofelia, donde penetramos los cuatro, insaciables, incansables. Loricel tuvo una de esas grandes ideas sin las cuales los que escriben sainetes se verían en más de un aprieto para combinar la trama de sus obrejas; indicó que debíamos ir á los cenotes, á bañarnos con las mujeres que nos quisieran acompañar. La idea encantó á Pedro, que me dijo:

—Tú no conoces los cenotes, vas á ver qué cosa más notable; son la especialidad de aquí.

Y conquistó á Ofelia para que entrara en la excursión; otras tres mujeres se brindaron para acompañarnos, complacidas con la idea de aquella diversión que se les presentaba, ya concluído

el trabajo obligatorio que las esclavizaba hasta las tres de la mañana.

Aquello de los cenotes fué una agradable sorpresa para mí. Amanecía casi cuando nos embutimos en dos "góndolas" y tomamos la dirección de los baños subterráneos, cantando un dulce bolero de nuestra tierra. Y anduvimos un cuarto de hora, escaso, por calles de árboles, en cuyo suelo se deslizaba la silenciosa corriente de agua, menos sucia en medio del bosque intransitado que en el centro de la ciudad. Llegamos á una de las casuchas aisladas de que he hablado, y nos apeamos, penetrando en el interior, donde nos recibió un indio taciturno, que se hallaba sentado en un taburete, al lado de un pequeño mostrador en que humeaba un candil de petróleo; ví que Loricel y Pedro le compraban frutas, plátanos, cocos y saramuyos (anones) y me explicaron la costumbre de merendar aquello en el baño, á cuyo efecto el dueño ó arrendatario de cada finca donde existe un cenote dispone en su vivienda una especie de ventorrillo.

Nos dirigimos hacia el interior del patio, y pronto llegamos á un brocal, una boca de pozo á ras del suelo, en la que se observaban los primeros peldaños de una escalera de piedra, tàllada por la mano del hombre. Aquello era un cenote; bajamos y, en efecto, á la indecisa luz de la aurora vi que nos hallábamos en una inmensa caverna llena de sombras, en medio de la cual se deslizaba mansa y cristalina el agua, llenando la circunferencia natural de aquel antro, á dos metros del último peldaño de la escalera y perdiéndose en la profundidad obscura del fondo, donde se

unía con la bóveda de piedra, que nos cobijaba como un cielo sin luz y sin esperanzas.

No obstante la sombría belleza de aquel cuadro, miré al agua con algún recelo, porque como ya fuí salvado una vez que estaba ahogándome en un río, y no sé nadar más que entonces, tengo cierto rencor respetuoso á los abismos líquidos. Pregunté:

—Oye, Ofelia, ¿es muy hondo eso?

—No, apenas cubre á un hombre alto.

Era, entonces, un baño encantador, con amplitud para todos.

Una de las mujeres, desnudándose, me dijo:

—Hay otros que sí son muy hondos.

Y me nombró uno, que según ella era tres veces más grande, pero estaba más lejos.

Aquel cuadro, lleno de un encanto fantástico, perdura en mis recuerdos. Allí, poseídos de esa embriaguez que no tumba al suelo, que no anonada ni bestializa, sino que por el contrario, nos hace saborear la vida como un bien exquisito que jamás nos ha dejado conocer su amargura, aunque la frente debil apenas sujeta las ideas; allí, repito, nos desnudamos hombres y mujeres con la alegría franca de un goce sano, el goce de ser felices todos, confundidos en aquella fraternidad pura, que no sentía la molestia de la mirada pecadora ni hacía el gesto raro conque la humanidad esclavizada conjura al eterno rebelde, al bello angel que ama su vida mortal, y que espera, insepulto entre las sombras del averno en que nos lo pintan, su triunfo infalible sobre los farsantes ascéticos. Eramos impúdicos, pero buenos; bañaba nuestra desnudez la claridad de la aurora,

que dejaba en las carnes partículas de una luz misteriosa de paraíso perdido y recuperado allí, á aquella hora, en aquella desnudez, en aquella promiscuidad.

No fué la zabullida en el agua cristalina lo que disipó en mi cabeza los vapores del champagne; quizás un soplo mágico descorrió ese velo que nos oculta, en el pasado humano, los símbolos de verdades futuras; me sentí transportado á la Esparta feliz de los héroes bellos de alma y de cuerpo, y aquellas mujeres desnudas, aquellas modernas lumias despreciables, como nosotros, para los que no han sentido la rebeldía triste de nacer con un estigma falso, despertaron en mí un extraño sentimentalismo. Las veía nadar, lanzando gritos, miedosas, ó sonoras carcajadas y recorría con mirada tranquila sus formas redondas sin ver en sus carnes la huella terrible de su odioso trabajo, el desgaste de lo usado, los senos flácidos, marchitos, los surcos que en el rostro dejan esa mueca dolorosa cuando la juventud ensaya sus últimas sonrisas de mujeres envejecidas prematuramente, y, debo decirlo, me parecían bellas, porque las veía buenas, felices, tiernamente ingenuas, como niñas, como hermanas...

El baño fué delicioso; el agua apenas nos llegaba al cuello, y no obstante, zabullíamos para sorprender á nuestras compañeras con pellizcos y tirones en los piés que les hacían chillar angustiosamente, al creerse atrapadas por los animaluchos que se les antojaba dormitarían en el fondo del agua.

Y todos contentos, felices, disipamos la embriaguez, salimos del cenote con ese apetito formidable de los estómagos sanos, en quienes el

uso de las bebidas fortifica los músculos y expande el pecho.

IV

Aquellas cuchipandas eran diarias; anudábamos la última con la subsiguiente, como arrastrados por un torbellino, rodeados de amigos, con los bolsillos llenos de billetes del Banco yucateco y una falanje de mujeres tras nosotros.

Un día, guiados por nuestro espíritu observador, visitamos un lupanar exclusivamente de hijas del país, de aquellas mestizas de bronceada tez y potentes senos, en cuyos serios semblantes se mantienen rasgos puros de su raza. Había notado la extraordinaria indiferencia de aquellas mujeres del pueblo, verdaderas indias, para con nosotros, hombres blancos de modales y de traje completamente europeos, y no dejó de chocarme que no solo permanecían sordas á un piropo callejero, sino que ni aun siquiera se dignaban volver la cabeza para mirarnos, cosa que difiere notablemente de la "unión y concordia" que mantenemos en nuestro país con esas encantadoras mulatas, tormento de muchas blancas racistas que, inspiradas en una parcialidad completamente injusta, no quieren creer que hay mulatas que nunca huelen mal.

Notando, pues, que las mestizas yucatecas se entregan á un extranjero casi tan dificultosamente como una mora á un cristiano, visitamos un "congal" de aquellas. Loricel, con su proverbial galantería, nos sirvió de cicerone. El lupanar, como todos los de Mérida, tenía cierto aspecto de casa de campo; y mientras nuestro ama-

ble guía mandaba á preparar unas "enchiladas" Pedro y yo intentábamos hacer el amor á dos magníficas indias de lacia cabellera, frente noble y perfil aguileño; pero ellas apenas nos contestaban, ó lo hacían por monosílabos, mirándonos con una expresión indefinible, como si les pareciéramos dos bichos raros. En lo más álgido de una disertación tonta y elocuente que hacíamos sobre la belleza parda en general y la de ellas en particular, se pusieron ambas de pie; nos cogieron, sonriendo, de la mano, y nos llevaron, respectivamente, á su departamento.

Lo primero que noté, al entrar, fué la ausencia de la cama; en cambio, una típica hamaca se extendía en medio de la habitación, tan baja que al posesionarme de ellas casi tocaba el suelo. Mi compañera del acaso se llamaba Isbón; rehuía mis caricias y lanzaba débiles gritos guturales cuando le hacía cosquillas; después de rehusar obstinadamente poner de manifiesto su desnudez, se había sentado en la hamaca, á horcajadas, y comenzó á imprimirle con los pies un movimiento de balanceo, canturreando, como si yo fuera un rorro al que debía dormir.

Comen á sentir irresistibles ganas de reir. Ella de vez en cuando interrumpía su cancioncilla, inclinaba el busto y depositaba en mi frente un beso tranquilo, maternal, y reía. Me parecía una salvaje contenta, y cerré los ojos para soñar, mecido por aquella Venus barata, cuando las voces de Pedro y Loricel me volvieron á la realidad; daban golpes en la puerta y, bromeando, Pedro me gritó una grosería inestampable. No tardé en reunírmeles, después de regalar á Isbón las ligas con que sujetaba mis calcetines, pues

me expresó el deseo de quedarse con ellas. Luego, cuando Pedro y yo nos consultábamos qué haríamos en obsequio de aquellas infelices, la dueña de la casa nos dijo que Loricel le había dado orden de poner nuestros gastos de merienda, bebida y mujeres á su cuenta.

Le dimos las gracias, estimando en lo que valían sus obsequios, que siempre dejaban atrás á los nuestros, y le contamos que habíamos quedado satisfechos de las mercenarias hijas del país, pero nos reservamos nuestra opinión de que "no estaban en los golpes."

Fuimos á una corrida de toros. Había llegado de Motul la cuadrilla de "Caro-grande," y no perdimos aquella oportunidad de disfrutar de un espectáculo que ya en Cuba ha pasado á la historia... del cinematógrafo. En la plaza de toros de Mérida habíase fabricado, sobre los tendidos, sin interrumpir la redondez de la barrera, un pequeño escenario que servía de teatro á una compañía de ópera que iba á funcionar en combinación con la cuadrilla de "Caro-grande." (1)

Y, en efecto: el día de la primer corrida la compañía de ópera "echaba" "Aida," lo que nos permitió notar que cuando el rey de Egipto y su corte conminaban á Radamés para que "ritornara vincitore" bramaban en el chiquero cuatro toros de muerte, añadiendo una melodía poco egipcia á la obra de Verdi. Por fin, cuando aún vibraba en el ambiente el gemebundo "adío, Aida"

---

(1) El que escribe estas líneas recuerda que en aquella época se construía en Mérida un notable edificio destinado á teatro.

y la pesada losa cerraba el subterráneo en que debían morir los desgraciados amantes, el clarín dejó oir su característico aviso, la charanga lanzó al aire las notas alegres del pasacalle, y una gritería inmensa subió de los tendidos. La corrida empezaba.

Hacía unas dos semanas que nos hallábamos en Yucatán cuando una tarde Pedro se me presentó inopinadamente en el hotel, y me dijo:

—Prepáralo todo, que mañana nos vamos.

—¿Qué te pasa?—repliqué abriendo los ojos.

—Nada, que Ofelia se acuesta con Valentín, el segundo espada. Ahora mismo voy al "congal" para acabar de mandarla á....

—Espérate, no te precipites; yo te acompañaré....

—¿Para qué? Mejor es que prepares los baules, porque mañana nos vamos para Progreso.

Y dejándome con la palabra en la boca, dió media vuelta y desapareció. Eran las dos de la tarde; concluí de vestirme, apresuradamente, salí del hotel, tomé la primer "góndola" que hallé, y me dirigí al "congal" de Ofelia. Allí no estaba ella, ni Pedro había aportado por aquellos lugares; iba á retirarme cuando me llamó Josefa, la hermana de Ofelia; estaba tirada sobre una cama, y, según sus palabras, con un dolor de estómago que se la llevaba el diablo. Me interesé por su estado, y ella, con ese tono indiferente y resignado del que, odiando la vida, la odia con aburrimiento, me contestaba con lenguaje insolente, de un cinismo triste, que empezaba ofendiéndose á sí misma. Le toqué las manos, que hallé heladas, pero de su frente brotaban gotas de sudor; recorrí con la mirada aquel cuarto, cuyo

ajuar me parecía más feo que el de la más mísera alcoba donde no faltara como faltaban allí, el cariño de la familia y la luz del sol, y ví claramente, tuve una noción exacta del desamparo y el aislamiento en que viven algunas infelices criaturas, en medio del contacto de sus semejantes, sin una mano cariñosa que las cuide en sus dolores.

Josefa se había tapado de los pies á las ingles, con una sábana, pero tenía el vientre descubierto, con la camisa arrollada, y se restregaba el ombligo, con terquedad, como si quisiera desmenuzar con los dedos el dolor que sentía bajo ellos.

Me senté al borde de la cama, diciéndola:

—¿Quieres que vaya á buscarte alguna medicina?

—No, déjalo.

Y, de pronto, me dijo:

—¿Tú sabrías hacer un ponche caliente?

—Yo sí. ¿Lo quieres?

—Pues mira, ahí encima de esa mesita hay todo lo necesario; hazme el favor, hijo, porque yo estoy....

Y profirió la insolencia más corriente en Yucatán. Me puse á la faena, sonriéndole, mientras la pobre seguía mis movimientos con la mirada llena de cansancio, contraída la boca y moviendo contínuamente la cabeza sobre la almohada.

—Echale mucho cogñac,—me dijo—á ver si reviento ó se me quita esto.

Cuando concluí y le presenté el brevaje espumoso, lo probó, haciendo muecas, porque no le sabía bien; por fin tomó unos sorbos y reclinó de nuevo la cabeza sobre la almohada, dejando esca-

par un suspiro angustioso. Me senté á su cabecera, sobre la misma cama, poseído de una extraña timidez para despedirme, como si yo comprendiera que tan natural acción entrañaba una prueba de indiferencia ante su dolor, de abandono por mi parte. La pobrecilla sudaba, con el pelo pegado á las sienes, y en su rostro sin polvos, descolorido, estaba impresa la huella terrible de su existencia galopante.

El descote de su camisa holgada sobre sus hombros delgados, mostraba sus senos de niña, prematuramente marchitos, rodeados en su cima de un halo resquebrajado, conservando aun ese ligero carmín que ya había huído de sus labios; yo la miraba dulcemente, recordando sus atenciones, el afecto que siempre me había demostrado, pues cuantas veces había ido á aquella casa, con Pedro ó á buscarlo, la hermana de Ofelia era quien atendía en mí al amigo desinteresado, y su contacto, su amistad me había aislado siempre del montón de parroquianos visitantes.

En realidad, yo le gustaba, y me había dado cuenta de ello; bañándonos juntos había permanecido siempre afectuoso con ella, pero dejándole comprender que no era indiferente á sus simpatías; las mujeres suelen no equivocarse ante la conducta de esos hombres que, al sentirse amados, demuestran en su actitud tranquila, resignada, y en sus palabras dulces y afectuosas, que llevan una tumba en el corazón, pero que no por eso son almas vulgares que niegan el amor á raiz del primer desengaño, con la parcialidad de juicio del que ha sentido que le despedazaba el pecho el bien amado. Tal vez ella en aquel momento, analizó rápidamente lo poco que analizan las

mujeres, y comprendió el secreto de mi alma mejor que el más sesudo psicólogo, porque me dijo, mientras yo la miraba en silencio, entretenida en pasar una uña por sobre la tela de mis pantalones, en el sitio donde marcaba su contorno una de mis rodillas:

—Oye, nosotros "no nos hemos dormido," ¿verdad?

Yo le contesté que no, sonriendo, como significándole que no tenía la culpa, y ella repuso, también sonriendo:

—Tú me gustas, pero.... "¡chile, que me empeloto!"

Aquella frase era un dicharacho usado entre las mujeres, en los "congales," para significar que debían guardarse mucho de amar á un hombre, porque, como es sabido, en todas las esferas el amor esclaviza. Entonces le repliqué:

—Así son las cosas. Y sin embargo, Pedro y Ofelia, y casi todo el mundo cree que nosotros "estamos."

Pareció reflexionar un instante y luego me dijo:

—Mira, mañana te espero á la una.... ¿vas á venir?

—¡Ay, no, nené! Es imposible porque mañana á esa hora ya no estaré en Mérida.

Hizo un gesto enérgico y me miró con extrañeza, convencida de que le hablaba seriamente, y balbuceó:

—¡Ah! ¿Te vas?

—Sí, mi vida; y créeme que lo siento, pero no hay más remedio.

Y viéndola que permanecía pensativa me incliné sobre ella, para añadir, afectuosamente:

—Tú sabes que me gustas mucho, y que nos hubiéramos llegado á querer, ¿verdad? Aunque yo me vaya nos quedará un dulce recuerdo de este amor de nosotros, que hemos tenido tantas ocasiones, y sin embargo, no nos hemos dado ni un beso, ¿no es cierto?

Me miró fijamente y se echó á reir, exclamando con perfecto dejo yucateco:

—"Mas si me estarás trabando, boxito lindo...."

Era otro dicharacho, genuinamente yucateco. Le repliqué:

—¿No te sientes mejor?

Pero interpretó con suspicacia mi pregunta, porque volvió á decir con el sonsonete anterior:

—Hoy no podemos, boxito lindo, no podemos....

—Bueno, paciencia; voy á buscar á Pedro, y si por casualidad no nos vamos, vengo mañana á la una, ¿eh?

—Sí, "mi hijo," te espero.

Me incorporé, para despedirme:

—Adios, nené, y ponte buena ¿eh? para que no tengas "pupita mañana; porque entonces "no habrá matinée, con regalos para los niños...."

Y después de "chiquearla" en aquel "argot" habanero, besé sus labios descoloridos y fríos, donde el aliento lanzaba un vaho caliente de ponche y de medicinas; ella también me besó, demostrándome sincera ternura, y luego, cuando me ví de nuevo en el coche, no sé por qué experimenté una sensación de infinita felicidad al enjugarme el rostro con mi pañuelo impregnado de Houbigant.

Encontré á Pedro en los portales del "Pa-

rís," tomando tranquilamente una taza de "puritita greca." Al sentarme á su lado, me dijo:

—Oye: puesto que nos vamos mañana es preciso "correrla" esta noche, para despedirnos de Mérida de un modo "digno." Es necesario que nos "pongamos" una buena "bufa."

—El programa es excelente, chico; pero no lo veo muy á propósito para nosotros, que queremos embarcarnos á las siete de la mañana. Oye, ¿y lo de Ofelia?

—Ni me la nombres, chico; no pienso volver á verla.

—Es lo mejor que puedes hacer, si no quieres desprestigiarte, ó cometer una barbaridad.

—No tengas cuidado, que yo no meto la pata; estoy esperando aquí á Loricel, que tarda tantito; nos vamos á comer juntos y luego á bailar y á beber champagne; quiero nadar esta noche en champagne.

—Chico, no pretendo hacerme el santo, ni mucho menos quejarme de que derroches el dinero conmigo; pero te advierto sinceramente que empiezo á sospechar que veremos á París por "los forros."

—No lo creas, iremos á París; y si no, á otra parte, en fin, la cuestión es que viajaremos. ¿Qué estarías haciendo en la Habana tú ahora? Sufriendo atrozmente.

—Hombre, me alegro que lo comprendas, para que te mires en mi espejo. Tú sabes que he estado á pique de volverme loco, de suicidarme ó de ir á Presidio, y sin embargo, me has visto muy tranquilo en la Habana.

—Sí, muy tranquilo y el mes pasado te estabas muriendo. No seas bobo, chico; tú has queri-

do demasiado á Enriqueta para olvidarla tan pronto; dí tú que cada uno tiene su carácter: tú te emborrachabas, metido en tu cuarto, sin querer salir á la calle, para no verla, y yo me empeño en que me vean por todas partes, divirtiénme, emborrachándome. Si lo que sobra son mujeres....

—No, Pedro, estás equivocado: hay muchas mujeres, pero nuestra vida es una sola. Yo no trato ni trataré de olvidar á Enriqueta; es más, sería desgraciado si la olvidase, porque ese día habría olvidado que fuí feliz cuando ella me amaba. Es verdad que entre tu amor y el mío hay una diferencia muy grande, porque Enriqueta era una mujer honrada, pero eso no importa: los sentimientos del corazón no hacen ciertos distingos, porque el corazón sabe, tiene sobre moral una ciencia infusa que no poseen los filósofos más metafísicos. El hecho es que tú y yo hemos poseído una mujer durante tres años y nos hemos creído más felices en ese entonces que ahora, en que ambas mujeres nos faltan; pero fíjate que aunque mi situación es más dolorosa que la tuya, lo parece menos, porque yo la racionalizo más que tú.

—Adiós, filósofo.... estoico.

—Es un error creer que soy eso; tú, que has amado á Ofelia, al sufrir un desengaño, al descubrir que no te era fiel, ya no abrigas otro deseo que el de olvidarla, y el de olvidarla aprisa.

—Porque estoy convencido que ya no seré feliz con ella. Mira, te juro que si me lo hubiera hecho cuando yo no tenía ni trabajo, no me hubiera dolido tanto.

—Lo creo; como que precisamente trato de

demostrarte eso: que te han inferido una ofensa de tal índole, que tu pasión ha muerto para siempre; es más, aunque quisieras seguir amando, no podrías.

—Bueno, ¿y qué?

—Hombre, que es muy distinto eso á perder, como yo, la mujer que me hacía feliz, no porque me fuera infiel, sino por las circunstancias que tú conoces. Enriqueta, entre su madre y yo, tenía que preferir á su madre; á mí me consta que su sacrificio le ha costado lágrimas, pero que tendrá valor para vivir vendida á un hombre de dinero, porque su madre se lo ha exigido. Yo la hubiese matado si me hubiera hecho traición, porque la he amado con locura... ha sido mi primera mujer, mi primer pasión de hombre; pero no ha sido así; yo comprendo que se ha sacrificado, y aunque en el primer momento me cegó el dolor, ya veo claramente, raciocino. Enriqueta creerá, tal vez, que la odio, pero quien sabe algún día se convenza de lo contrario, cuando lea la historia de nuestros amores, que ha de ser una de mis mejores novelas....

—Ya pareció Luis.... de Val.

—Oye, eso es un insulto literario; déjate de esas bromas, y comprende la razón que tengo, al aconsejarte que nos vayamos de aquí.

—Sí, chico, eres un gran hombre, tienes toda la razón que te dé la gana. A propósito, ¿qué dinero tienes ahí?

Saqué mi cartera, que contenía dos billetes de cien dollars y cinco pesos mexicanos. Pedro me quitó uno de los billetes de á cien, y me dijo:

—Con ese dinero que te queda puedes sacar los pasajes de Progreso á Veracruz, para irnos

á la capital, ¿no te parece? Así conoceremos el mero México.

—Como te parezca, chico.

—Desde la capital podemos tomar el ferrocarril para Nueva York.

—Ya lo sé....

—Nos iremos mañana, en el tren de las siete; figúrate que el correo para Veracruz sale pasado mañana. Tenemos tiempo para despedirnos de Loricel, que tan bien se ha portado con nosotros.

Parecía realmente dispuesto, y concebí la secreta idea de no dejarlo abusar aquella noche, para que por ningún concepto perdiéramos el ferrocarril. El programa ideado por Pedro comenzó á ejecutarse; hicimos, con Loricel, una suculenta comida de despedida, acompañados de unas damas á quienes rindo el respeto de no hacerlas figurar en este libro; los brindis menudearon, como es de suponerse, dentro de la mayor corrección; pero, luego de ausentarse el motivo de nuestra circunspecta actitud, nos lanzamos á visitar aquellos sitios en que podíamos bailar un poco, descorchar unos litros y reir á nuestras anchas. Y por ellos corría el champagne sin que yo osara protestar, ridículamente, á pesar de mi loable propósito de embarcarnos dentro de algunas horas. En uno de aquellos "congales" llamado "el tren de Umán" porque estaba enclavado al pie de la estación de ferrocarril de ese nombre, tuvimos un conato de reyerta con unos toreros. Cuando nos apaciguamos noté que Loricel se había metido en un cuarto, con una mujer, y aproveché aquella coyuntura para separarme del grupo de conocidos que regularmente se añadía á

Loricel y á nosotros. Cogí á Pedro por un brazo y lo llevé conmigo, diciéndole:

—Dicen que á casa de "la Mazzantini" han llegado hoy mujeres de la Habana. Vamos allá.

—Sí, vámonos los dos: quiero estar solo contigo....

Y nos metimos en nuestro coche, no tardando en llegar al "congal" de "la Mazzantini," donde, en efecto, hallamos algunas conocidas, con las que nos sentamos frente á las mesillas del patio, para obsequiarlas; pero como una disposición gubernativa acababa de prohibir el expendio de bebidas en los "congales," tuvimos que esperar las tres, hora en que se permite á las rameras salir de la casa, y nos trasladamos á un café, frente á la casa de "la Mazzantini" con tres mujeres. Allí empezamos á descorchar medios litros de champagne, para dar la bienvenida á nuestras amigas; pero, al observar los progresos que hacía el entusiasmo de Pedro, que pretendía empaparnos el cogote con el contenido de las botellas, repitiendo su rara muletilla de que debíamos nadar en champagne, me levanté de la mesa, y conminé al cantinero para que no sirviese más los pedidos de Pedro:

—Diga usted que se ha concluído el champagne.

En aquel momento se me acercó un dependiente, diciendo, con su cantaleteo especial:

—Patrón, ándele que ahí fuera una señora en un coche procura al señor Luis ó al señor Pedrito.

Comprendí instantáneamente que era Ofelia, y me dirigí á la puerta, cuando Pedro se me interpuso, exclamando:

—¿Me buscan? ¡Déjame pasar, que estoy seguro de que es esa grandísima...

Y profirió algunas palabras malsonantes, diciendo que "no le cabía en la cabeza" que Ofelia fuera tan descarada que viniera á buscarlo, después de todo lo que había sucedido.

Pero yo lo agarré por las solapas.

—Hazme el favor de sentarte;—le dije—de aquí no tenemos que salir más que para ir al hotel, á buscar los baules....

El, entonces, me puso una mano en un hombro, replicando:

—Luis... ¡déjame verla! No me niegues la satisfacción de confundirla por última vez con mi desprecio.

—Eso es precisamente lo que no debes hacer; si la quieres á pesar de todo, vete con ella, no vayas á pensar que yo cometería el ridículo de oponerme, porque sé que la amistad de los amigos acaba donde empieza el amor á las mujeres; pero si no la quieres, ¿qué necesidad tienes de insultarla? No debes hacerlo... ¡déjala!

Las mujeres me miraron, como dándome la razón, y Pedro cambió de actitud; pareció serenarse y reflexionar, para decirme, mirándome de hito en hito:

—Oyeme, Luis... yo sé que estoy algo borracho....

—Me alegro que lo comprendas.

—Y tú también estás medio "metido...."

—No tanto como tú, pero, en fin, paso por ello; bueno, siéntate....

—No; tú serás mi amigo, mi hermano ó lo que tu quieras, pero tú me dejas salir. Te juro que mañana nos embarcamos; y, por si lo dudas,

mira, aquí tienes mi cartera, con todo el dinero; guárdala, cógetela si no cumplo mi palabra.

—¡No digas estupideces!

Pero él, realmente embriagado, se quitó también su magnífico solitario y me lo entregó, junto con la cartera, repitiendo con terquedad de beodo:

—Haz lo que quieras con todo si á las siete no voy á la estación del ferrocarril.

Al verlo excitado, decidido, no quise contradecirlo más; pero me guardé la sortija y la cartera, creyéndolas más seguras en mi poder, aquella noche. Pedro salió del café y yo le seguí hasta la puerta; á poca distancia, y desde el coche, Ofelia asomó su linda carita de muñeca, y le chilló:

—Ven, sube; ya me han contado el dinero que te estás gastando....

Pedro, estupefacto, con las piernas abiertas, los puños apretados y el sombrero echado hacia atrás, permaneció inmovil, petrificado, como dudando de que era Ofelia la que tenía delante y le hablaba en aquella forma. De pronto exclamó, con ira reconcentrada y énfasis melodramático:

—¡Ah! ¿Eres tú?

Y de un brinco se embutió en el coche, como si la fuera á aplastar bajo sus puños; pero le faltó el equilibrio y cayó de rodillas á los piés de Ofelia, que le sujetó la cabeza con las dos manos y gritó al cochero, parodiando, sin saberlo, el final magnífico de "Zazá:"

—"¡A casa!"

El coche dió media vuelta y desapareció de mi vista, en la profundidad obscura de la calle; murmuré entre dientes una frase obscena, en dialecto maya, y volví al interior del café; Leopoldi-

na y otra de las mujeres se habían marchado; pero "la Cotorrita" me aguardaba. Volví á sentarme, y maquinalmente pedí champagne, al hallar las copas vacías; luego, al pagar, me hallé un montón de billetes estrujados, que Pedro me había metido en un bolsillo, y me entretuve en alisarlos. "La Cotorrita" me puso una mano en un hombro, y dijo, con la vista fija en los billetes:

—¿Tomamos otra?

—No, basta ya; aunque no me ha hecho daño la bebida, porque me domina una idea fija.

—Entonces, vamos á acostarnos.

—¿Para qué? Van á dar las cinco y á las siete nos tenemos que embarcar para Progreso. Me voy al hotel, á darme una ducha.

Y levantándonos, salimos á la puerta. Entonces ví que no tenía coche, sin que me pudiera explicar qué se había hecho el que nos trajo. "La Cotorrita" insistió:

—Andale pues... acuéstate aquí una hora; te bañas también.

Me miraba de un modo especial, que yo comprendía perfectamente; pero aquella mujer no me gustaba; ni siquiera había intentado "pastelearla" aquella noche, y le repuse:

—Chica, eso de acostarnos.... ¿en qué condiciones?

Ella, naturalmente lista, me replicó al momento:

—"Viejo," no te ofendas; pero "la Mazzantini" no entra por eso; si por mí fuera... pero tienes que pagarme.... Andale, diez duros nada más....

Iban á cerrar el café y hablábamos bajo la luz que salía del establecimiento y proyectaba

una mancha blanca sobre el hediondo fango de la calle. Interrogué, desalentado, la obscuridad que nos rodeaba, sin ver aparecer una "góndola" salvadora, y me indigné contra aquella mujer que nos había ayudado á gastar cerca de cien pesos en champagne, porque yo entendía que mi "decoro" me prohibía aceptar aquel papel de "pagano;" pero "la Cotorrita" aguantaba el chaparrón repitiéndome que "la Mazzantini" no se lo consentía.

En realidad, era así. Dentro del lupanar ellas no podían entregarse "gratis et amore;" pero nosotros, los "cubiches" teníamos muy justa fama de no pagar á las mujeres, enfatuados como vivimos de "nuestra simpatía," aunque nos tildan con un adjetivo poco enaltecedor los que confunden lastimosamente al rufián, ("padrôte" en México) con el "gigolo" parisién, al bajo explotador de mujeres con el que, gastándose siempre su dinero y hasta su fortuna con las mujeres, se gloría de no comprar jamás sus favores, de ser amado por su mérito propio, "por simpatías."

En el fondo de esta inocente, por lo inofensiva, apreciación, puede hacerse, como se comprenderá, una honda psicología de nuestro pueblo, cuando plumas doctas y bastante atrevidas para ello, analicen en la promiscuidad de nuestras esferas sociales, cuando haya literatos cubanos que dejando de buscar nuestra alma nacional en el traído, llevado y asandereado criollismo del guajiro típico y del sentimiento patriotero, se encuentren con la inesperada realidad: que hay en Cuba un alma nacional, un carácter filosófico y una psicología mundial absolutamente desconocidos y desdeñados por nuestros escrito-

res, por aquellos cuya despreocupación ingénita, pues no queremos creer que sea otra cosa, les hace encerrar en un tomo de versos ó de cuentecillos y artículos periodísticos, el noble esfuerzo de sus primeros y únicos libros.

Saqué de la cartera un billete de diez pesos; pagué, aquella vez, "un dormitorio." Poco después amaneció, y estaba acostado todavía cuando recibí un aviso de Pedro, que me mandaba á buscar con urgencia, porque se hallaba enfermo. Minutos después, en el mismo coche cuyo conductor me daba la noticia, me trasladé al "congal" de Ofelia; allí encontré á Pedro en cueros vivos, ojeroso, desencajado, y en cuclillas sobre un orinal, con un verdadero escape de champagne por el recto, pues hacía más de una hora que estaba defecando el ácido carbónico que había ingerido en tan exhorbitante cantidad.

Lo contemplé sin decir una palabra, mientras un criado sacaba los bacines, uno tras otro, y Ofelia le preparaba tazas de té, insultándolo en esa forma especial conque una madre se finje enfadada para reprender á su hijo. Pronto me cansé de respirar en aquella atmósfera y de oirle repetir mirándome con sus ojos dulces, agrandados por las ojeras:

—¡Qué "bufa," chico, qué "bufa!" Bueno, con decirte que el reloj lo estrellé contra la pared.... Llegué aquí medio loco. Dile á Ofelia que te enseñe el reloj, para que veas...

Y alargó la mano, para indicar que estaba sobre la mesa de noche, como si la ruptura del reloj fuera el detalle más interesante de todo aquello. Ofelia replicó despectivamente, con su vocecita de niña, aguda y penetrante:

—¡Sí, hombre, sí! ¡Ya lo está viendo!

Y luego, como para anonadarlo bajo el peso de una verdad razonable, voceó:

—¡Y todavía quería tomar aquí más champán....!

Me sonreí, les volví la espalda diciendo que iba á ver á Josefa, y la busqué, en efecto, para que me diera jabón y tohallas, pues en el "congal" de "la Mazzantini" no me decidí á bañarme. Almorzamos allí, y Pedro me dijo:

—Vete mañana, en el tren de las siete, para Progreso, que yo iré en el otro.

—Pero, ¿qué sucede para que no nos vayamos juntos?

—Chico, voy á confesarte una cosa; Ofelia tiene guardado cierta cantidad de dinero mío, y debe entregármelo hoy, si no quiere que se lo quite á la fuerza.

—Está bien; mañana á las siete me iré.

Pero como aquello iba tomando ya un sesgo que no me agradaba, le declaré francamente que si él no iba á Progreso al día siguiente, yo me embarcaría para la Habana, dejándolo en completa libertad de enterrarse en Mérida.

Me fuí al hotel, á mudarme de ropa. Aquella noche, á la una, debía volver al "congal" de Ofelia, por última vez, para cumplir mi palabra á Josefa; y, como me era grato cumplirla, á la hora de la cita llegué al "congal," donde dormían hacía rato, según me dijeron, Pedro y Ofelia, encerrados en su habitación. Y, al procurar á Josefa, una compañera suya, Laura, me dijo que tenía el encargo de avisarme que "no podía ser," porque Josefa se había visto precisada aquelia noche á contraer una seria obligación, que no

podía eximirse de cumplir. Mi situación se había hecho ridícula porque no tenía coche para retirarme, puesto que lo había despedido al llegar. Pero decidido á no permanecer un minuto más en aquella casa, salí á los portales y miré á mi alrededor.

La noche amenazaba tempestad; á lo lejos, en el ennegrecido horizonte, relampagueaba contínua y silenciosamente. Ir á pié desde allí á un sitio transitado, donde pudiera hallar un coche, era empresa poco menos que imposible, á tal hora de la madrugada; no obstante, salí de los portales y empecé á caminar con mucho tiento, internándome en la espesura, bordeando los charcos cuya movediza superficie parecía conspirar contra mis zapatos de charol, Y así anduve como cuarenta metros, en medio del campo enmudecido, pues no se oía el más leve rumor de esos insectos que llenan el bosque con sus chillidos ni se movía una hoja en el follaje de los árboles. Avanzaba guiándome por la luz de los relampagos, cada vez más vivos y cercanos, cuando de pronto, sin previo aviso para que yo pudiera sospecharlo, tras una cerca de piedra en que acababa de apoyarme resonó el clamor de una jauría de perros cuyos furiosos ladridos sentí acercarse por instantes.

Entonces, poseído de un miedo súbito, irresistible, eché á correr como alma que lleva el diablo; en un instante puse mis pantorrillas á gran distancia de los colmillos de tales fieras, pero me hundí en aquellos lodazales; y cuando me detuve, casi sin alientos y enfangado lastimosamente, bajo un farol de gas que iluminaba una casucha, el bosque entero era atronado por ahullidos estúpi-

dos á los que contestaban lejanos ladridos. En aquella situación me hubiera sorprendido el alba si un incidente no lo evita. A los pocos minutos de estar allí se acercó un coche, y cuando me disponía á reclamar sus servicios á cualquier precio, el vehículo se detuvo, bajaron de él dos hombres y una mujer, gentes del pueblo, y sin decir una palabra comenzaron á repartirse puñetazos.

Permanecí estupefacto, mientras el cochero, impávido, fumaba en el pescante; la mestiza, que se resistía silenciosamente, fué conducida, al fin, á la casucha, donde penetró con uno de los hombres. El otro se me acercó y sin ningún preámbulo me dijo:

—Monte, amigo.

Nos metimos en el coche, y poco después yo entraba en el hotel.

UN VIAJE A MEXICO

SEGUNDA PARTE

LA CAPITAL

I

Pedro llegó á Progreso en el tren de las once, y de la estación nos dirigimos á sacar los pasajes, á bordo del "Esperanza," para Veracruz. Almorzamos muy mal en una fonda de pretensiones, y á las doce del día tomamos, con cierto número de pasajeros, un bote, aparejado de yacth, que debía conducirnos á bordo, á falta del remolcador de la compañía, que no podía prestar ese servicio por haliarse reparando una descomposición en la maquinaria.

A una distancia inmensa del muelle, entre dos ó tres trasatlánticos, estaba el "Esperanza," arrojando humo por sus dos chimeneas; tardaríamos lo menos dos horas en llegar á él, según nuestros cálculos. Otras embarcaciones pequeñas, transportando también pasajeros, y que habíamos visto salir del muelle al mismo tiempo que la de

nosotros, nos habían tomado tal ventaja que un individuo se lo indicó al patrón de nuestro bote, con natural descontento; pero éste contestó tranquilamente que llegaríamos al mismo tiempo que aquéllas, porque él había puesto proa directa á sotavento del correo; y nos explicó en términos náuticos que era la suya una sabia dirección, porque, como nos era contrario el viento, trataba de llegar á cierta distancia del "Esperanza," donde maniobraría para abordarlo fácilmente, viento en popa.

Sin embargo, los cálculos del patrón salieron fallidos; dos horas después estábamos tan lejos del vapor como al salir del muelle. Entonces protestamos todos. Nos mordía un sol abrasador, y el grueso oleaje zarandeaba de un modo mortificante nuestra pequeña embarcación, en aquella temible bahía de Progreso, abierta al embate de los vientos. Afortunadamente, pensábamos, el correo tenía anunciada su salida para las cinco, pero todos, al consultar los pasajeros nuestros relojes y ver que marcaban las cuatro de la tarde sin que nos acercáramos al vapor á pesar de internarnos cada vez más en alta mar, comprendimos que á aquel desgraciado patrón enamorado del sotamento, le había salido la sota contraria. El oleaje se había hecho tan rudo que algunos pasajeros, completamente mareados, comenzaron á vomitar.

Para colmo de desgracias, el viento amainaba ostensiblemente, y cesó por completo al caer la tarde. El patrón fué á echar mano de los remos, y resultó que solo había uno en la embarcación; cuando nos enteramos de esa circunstancia los pasajeros, nuestras quejas tomaron el carác-

ter de amenaza; comprendíamos que dentro de media hora escasa el "Esperanza" movería la hélice y se marcharía, dejándonos abandonados en mitad del océano, y no nos explicábamos qué desesperadora fatalidad nos impedía llegar hasta el buque, al que habían arribado hacía ya mucho tiempo, otros botes y otros yates con pasajeros más felices que nosotros.

Con aquel remo único, el patrón y su ayudante, alternándose, combatían en vano la deriva inevitable del bote hacia tierra; una corriente nos dominaba, empujándonos muy lejos del muelle de Progreso; grandes olas salpicaban dentro de la embarcación el amontonamiento de baules y pasajeros, y de vez en cuando distinguíamos el lomo y una aleta de los tiburones que infestan aquellos malhadados parajes.

A las cinco se apoderó de todos la angustia de que íbamos á ver, de un momento á otro, al vapor emprender la marcha. Nos moríamos de sed. Un pobre señor, que se lamentaba amargamente por no haber tomado el mismo bote en que su esposa y sus hijos se habían trasladado al correo, por venir él al pie de su equipaje, que conducía, como nosotros, en nuestra embarción, se mesaba, desesperado, los cabellos; había vomitado mucho y parecía querer lanzarse al agua, en el colmo de su angustia, y alcanzar á nado el vapor antes de que se llevase solos é indefensos á su mujer y sus hijos.

A las seis el sol empezó á hundirse en el mar y el "Esperanza" no se había movido. Logramos acercárnosle á menos de dos millas, pero sin gobierno, una corriente fatal nos hacía derivar cada vez que alcanzábamos cierta distancia. En-

tonces algunos, creyendo que el correo nos esperaría mientras faltara tal número de pasajeros del rol (éramos catorce) que indudablemente habría sido inspeccionado al llegar de la casa consignataria y observada nuestra ausencia, hablaron de hacer proa á tierra, á la que sería más facil llegar, para reclamar de la compañía naviera el transporte inmediato al vapor. Pero la tierra estaba á seis millas de distancia, y la mayoría vociferó que aquello era un disparate, opinión á que asentimos Pedro y yo. Ya que el vapor no salía, que hiciéramos el último esfuerzo.

Anocheció. El "Esperanza," con sus luces de posición y sus cámaras iluminadas, estaba allí, á dos millas, balancéandose de popa á proa sobre la mar encrespada. Me parecía, en medio del desfallecimiento que una sed horrible, el hambre y el mareo me habían causado, un salón de baile donde nos esperaban lindas mujeres y en el que no nos era dable penetrar. Casi muertos de inanición, Pedro y yo estábamos acostados en el fondo de la embarcación, y sin fuerzas ya para observar los progresos de nuestra marcha. Lejos de nosotros, hacia proa, se gritaba, se discutía, se insultaba al patrón, y los más desesperados lo amenazaban con echarlo al agua si el correo salía en aquellos momentos.

Mientras más cerca nos veíamos de su masa negra, salpicada de luces y recortada en el amplio horizonte, más crecía la angustia general de ver salir al vapor; las quejas y las imprecaciones tomaban incremento. Era la espantosa incertidumbre, la amenaza suspendida sobre nuestras cabezas, más difícil de soportar que la realidad amarga, pero consumada. Algunos, á quie-

nes solo mantenía en pie ese sentimiento, hubieran caído desmayados si el "Esperanza" hubiese salido en aquel instante.

A las ocho de la noche era tan corta la distancia que nos separaba de él, que comenzamos á gritar:

—¡Socorro! !Auxilio! ¡Ah del vapor!

Y un infeliz comenzó á sostener á gritos una conversación que en otras circunstancias hubiera sido grotesca, contando á voz en cuello que solo poseíamos un remo, que habíamos salido del muelle de Progreso á las doce del día, y que nos moríamos de hambre y de sed: sobre todo de sed. Cuando concluyó de gritar esperó, estenuado por su esfuerzo, que le contestaran; pero el buque permancció silencioso, como si nuestros gritos no hubieran llegado hasta su borda ó fueran allí indiferentes á nuestro dolor.

Entonces uno se desató en improperios contra "aquellos malditos americanos,"—decía—que debían oirnos perfectamente y que no nos hacían caso porque ya se habían embolsado el dinero del pasaje. Y agregó, con acento de seria convicción, que si hubiese sido un buque español ya el capitán habría mandado echar un bote al agua para recogernos.

Era ya media noche cuando, á nuestros gritos de auxilio, que renovábamos por intervalos, contestaron del vapor; por lo menos, oímos voces ininteligibles. Tres veces nos vimos á cien yardas del buque y otras tantas la deriva nos separó de él. ¡Horribles horas! Era la una de la madrugada cuando comencé á no darme cuenta de lo que pasaba á mi alrededor; tirado en el fondo del bote, donde Pedro, con la cabeza apoyada

en su maletín, trataba de dormir, tuve una dulce alucinación: las estrellas se habían convertido en bombillas eléctricas de un salón inmenso, y la extensa superficie del mar comenzó á parecerme un pavimento prodigioso, una pasta movible y consistente sobre la que me creí acostado con el abandono de un niño sobre la estera en que ha de aprender á gatear.

No sé que tiempo permanecí fuera de la realidad de aquella dolorosa situación. Una gran gritería había hecho incorporarse á Pedro, y me sacudía con fuerzas, para indicarme que nos hallábamos á tres cables del vapor. Suave brisa se había levantado de tierra y la vela, hinchada, nos impelía directamente hacia el final de nuestro martirio. En fin, á las dos y media de la madrugada, catorce horas después de haber salido del muelle de Progreso, tocamos la escalerilla, á estribor del correo, zarandeados por una marejada tan fuerte que hizo dificultoso el traslado de nuestros equipajes á bordo.

La salida del "Esperanza" se habia demorado por orden de la Sanidad, hasta reconocer un caso sospechoso de fiebre amarilla, existente en el buque. Zarpó al amanecer.

II

Tres días después, un sábado á las seis de la mañana, se extendió á bordo esa siempre interesante noticia del puerto á la vista, y los pasajeros, abandonando las cámaras para subir á toldilla ó asomarnos á la borda, exclamábamos: ¡Veracruz! ¡Veracruz! con el acento regocijado del que saluda á un visitante agradable.

Una bruma intensa flotaba en la atmósfera, y de Veracruz-Heróica apenas se distinguían las primeras casas. La enorme mole gris del histórico castillo de San Juan de Ulúa y gran número de vapores de alto bordo, anclados ó atracados á los muelles, daban un aspecto pintoresco á su puerto artificial, cuyo faro de torre blanquecina parece que va á tocarse con las manos cuando los barcos cruzan al pie de su malecón. El "Esperanza" atracó al muelle, frente á la Aduana, al lado de un vapor noruego de dimensiones gigantescas y corte original. Y, mientras realizaba la marinería la lenta maniobra de tender los cables, de sujetar el buque y esclavizarlo allí, como se amarraría un monstruo domesticado, inofensivo, al que no supiéramos agradecer el inmenso favor de habernos conducido en su vientre, sanos y salvos y con más comodidades que el bíblico Jonás, los pasajeros, de codos sobre la borda observábamos la multitud abigarrada y heterogénea que sobre el espigón del muelle cruzaba con las nuestras miradas de una curiosidad ávida, como si los ojos humanos leyeran mil fantasías en esas caras extrañas que nos enseña el buque que llega á un puerto á los que llegan y á los que están.

Desembarcamos asaltados por un enjambre de maleteros, mozos de cordel y agentes de hoteles, y nos hospedamos en el "Buena-Vista," casi á la orilla del mar. Por la tarde recorrimos la ciudad de Diaz Mirón en compañía de una amistad contraída á bordo, un individuo que pasará por estas páginas fugazmente, á su hora, como pasan los sueños. Podíamos haber salido aquella misma noche para la capital, por el ferrocarril Inter-

oceánico, pero tanto Pedro como yo deseábamos hacer aquel trayecto de día, no por mero capricho, sino prevenidos de antemano de que era un espectáculo digno de disfrutarse el que nos ofrecería el viaje diurno de Veracruz á México.

Y tomamos pasaje para la capital el domingo, al amanecer, por la línea del Ferrocarril Mexicano. En la mañana, templada, el sol enviaba sobre la tierra una luz débil, á través de la bruma. Ibamos provistos de una guía para darnos exacta cuenta del camino que recorríamos. Al principio, el tren atravesó unas llanuras cubiertas de pasto amarillento, resecado por el sol veracruzano; el convoy se detenía, á cortos intervalos, en las estaciones de pueblecillos que apenas se adivinaban, y cuyos nombres casi he retenido en la memoria: Tejería... La Purga.... Soledad.... Cruzamos un enorme puente de hierro, tendido sobre un barranco, con una catarata á un lado y un pueblecillo al otro, en el fondo de la sima, como sentado al pie de la montaña, contemplando el eterno estruendo del torrente. Consultamos la guía y supimos que apuel poético paraje se llamaba Atoyac.

A las nueve de la mañana, al llegar á Córdoba, respirábamos un ambiente saturado de todos los perfumes que encierra aquel delicioso vergel. Córdoba es la ciudad de las flores. En la estación, no bien se detuvo el tren, una legión de floristas y floreros alzaban los brazos sosteniendo bellísimos ramilletes de las más preciadas joyas de la flora mexicana; nos gritaban, con su cantaleteo característico, metiendo los bouquets por las ventanillas de los wagones:

—¡Señor! ¡Lleve usted un ramillete!

Nos quedamos sorprendidos cuando vimos que daban por un real ó una peseta aquellos bouquets que en la capital, en invierno, iban á costarnos diez veces más. Y mucho rato después de haber desaparecido Córdoba tras nosotros, el tren corría á través de sus jardines inmensos, que bordeaban la vía férrea deshojando gardenias, rosas y jazmines sobre los railes, como una caricia delicada y silenciosa de la Naturaleza al ingenio humano.

A las diez divisábamos la nevada cumbre del volcán Orizaba, por cuya ciudad no tardamos en pasar y detenernos breves momentos en su estación bulliciosa, donde pululaba un gentío pintoresco; gran número de nativos, con su chaquetilla corta, su pantalones estrechos y su descomunal sombrero de yarey, nos ofrecían tortas de maiz, sandwichs de medio pollo frío y otros manjares poco suculentos. La temperatura había descendido sensiblemente cuando Orizaba, con sus preciosas casas rodeadas de jardines y sus edificios de paredes rojas habian desaparecido de nuestra vista, envueltos entre las brumas del día nebuloso.

Nos acercábamos á las célebres cumbres de Maltrata, y el paisaje se accidentaba. Pasamos otro pueblecillo, Nogales. Altas montañas, cada vez más cercanas, y hacia las que corría el tren directamente, parecían dispuestas á cerrarnos el paso, porque no entreveíamos por dónde las iba á salvar la audacia de la ingeniería. Sobre la vertiente de una de ellas un penacho blanco, movible, nos llamó la atención, y supimos que era un tren descendente de la capital; que había salido de ella la noche anterior, y que se dirigía á Vera-

cruz. Aquel tren era nuestro compañero, en sentido contrario, y debíamos encontrarnos con él en La Esperanza, que era el lugar de aquella cita oficial, diaria, donde las dos locomotoras se veían frente á frente unos minutos y proseguían su marcha por rumbos contrarios, como esas hormigas apresuradas que parecen detenerse un instante para decirse algo interesantísimo.

Entonces seguimos con la vista aquel humillo que caminaba por la falda abrupta, que desaparecía para volver á mostrarse, entre los árboles que cubrían la ladera, allá arriba, á lo lejos, y que era otro tren, con otro montón de seres humanos, otras ilusiones y otros desengaños arrastrados por la fuerza del Destino, que pasaban ante nuestros ojos como cruzan por la bóveda celeste otros planetas, otras tierras de las que lo ignoramos todo, todo.... menos que existen y que tal vez somos para ellas el mismo enigma que pretenden descifrar unos seres extraños, que no habrán podido comprender todavía á Dios porque no se habrán comprendido á sí mismos aún.

Por allí,—pensábamos—por aquellos derriscos que salvaba prudente y sin apresurarse, el reptil de acero, tenía, á su vez, que subir el tren que nos conducía. Y llegamos á Maltrata, desde cuyo pueblo comenzaba la ascensión. Otra locomotora, que había dispuesta á ese efecto, fué adherida á la cola de nuestro tren, y, empujándolo con sus fuerzas de titán, lo ayudaba á aquel escalamiento de la montaña, lanzando ambas enormes resoplidos, como bestias fatigadas.

Comenzó á invadirnos la sensación de lo grandioso; los túneles empezaban á sucederse con inusitada abundancia, y al penetrar en ellos, los

una huella de haber vivido la vida, de haber visto muchas cosas con aquellos ojos empequeñecidos por la gordura de los mofletes. Indudablemente, aquella pareja de guardias de policía, que se mantenía en la plataforma, aquel hombre obeso y aquellas dos mujeres feas de modales afectados, residían en la urbe populosa.

Lloviznaba, y nos tuvimos que convencer de que hacía frío, verdadero frío, á fines de Julio; era la diferencia de clima, más que de temperatura, entre Veracruz y la ciudad de México, á dos mil doscientos y pico de metros sobre el nivel del mar.

Apareció, en el cuadro de madera que exhibían las estaciones, el nombre de la penúltima: San Cristóbal. La capital iba á ser con nosotros.

III

A las siete menos veinte minutos divisamos unas luces, que eran del Castillo de Chapultepec. Sobre la ciudad de México caía una fina llovizna cuando el convoy se detuvo, lanzando un postrer resoplido de cansancio, tal vez de alegría, en la estación, de pobre apariencia. Y desembarcamos. Gran número de coches cupés, de aspecto muy superior á las altas y estrechas "góndolas" de Mérida, se nos ofrecían. Tomamos el que nos vino á manos, y dirigidos por un agente de hoteles fuimos á dar con nuestros molidos cuerpos al "Continental," Avenida de 5 de Mayo y calle de Alcaicería.

Con nosotros iba el individuo que, según ya indiqué, nos acompañaba desde Veracruz, y al que, á bordo del "Esperanza," habíamos ganado

algunos billetes de banco. Era este sujeto un andaluz de unos treinta y cinco años, apellidado Antoneti. No pusimos ningún reparo en que nos alojaran, momentáneamente, á los tres en un mismo departamento, que nos enseñaron previamente, y que hallamos suficientemente amplio para nuestra comodidad.

Cenamos con bastante apetito una mala comida: sopa de tapioca, dos platos de carne y uno de legumbres, y perones de postre, todo comprendido dentro del cubierto, al precio fijo de veinticinco centavos.

Era, pues, el "Continental," un hotel barato, porque nuestra habitación del tercer piso, con vistas á la Avenida de 5 de Mayo, á una cuadra del Zócalo, esto es, en pleno corazón de la ciudad, tenía en mismo precio de dos cubiertos: medio peso mexicano por cabeza; pero cabezas como las nuestras estaban imbuídas en la idea de que aquella baratura era el non plus ultra, porque cada dollar se nos duplicaba con exceso, al pagar en moneda del país. Y Pedro, con un buen humor envidiable, me dijo muy serio, que el dueño del hotel estaba loco porque nos regalaba la casa, la comida, "y dinero encima."

Estas dulces tonterías, cuya ilusión tendría en el futuro un reverso amargo, constituyeron nuestra plática de sobremesa, luego de rechazar el café que no pudimos tragar por su mal sabor. Yo estaba satisfecho, en verdad, por hallarnos, al fin, en una población de importancia. Habíamos gastado miserablemente en Yucatán, en diez y ocho días de orgías, unos mil pesos mexicanos, (casi cuatrocientos dollars) y debíamos ser—decía yo á Pedro—más arreglados en lo adelante.

—¿No te parece?

—Sí, gran hombre.... Arréglate como te dé la gana, que yo, por mi parte, me divertiré cuanto pueda.

—Y el día que nos quedemos sin un centavo....

—¡Quién se ocupa ahora de eso! Ya veríamos entonces, trabajaríamos; la cuestión ahora es viajar, ir de aventuras hasta donde alcance la pólvora. ¿Acaso tienes miedo?

—¿Miedo yo? Demasiado bien sabes tú que sé ganarme la vida donde quiera; pero eso no quita para que me mortifique la idea de que los que no conozcan el grado de nuestra amistad vayan á figurarse mañana que yo te ayudé á derrochar el dinero, y....

—Y no sigas, porque ya te estás "atracando."

Esta era su frase favorita cuando tocábamos ese punto. Para empezar nuestra vida ordenada, aquella noche, en vez de acostarnos á descansar, nos echamos á la calle, á las nueve, ansiosos de conocer la ciudad.

Continuaba lloviznando, sin que por ello dejara de transitar numeroso gentío por las principales arterias de la población. Algunas de ellas, ostentando notables edificios de tres á cuatro pisos, tenían soberbio aspecto. Al rededor de los focos eléctricos se veía descender la menuda llovizna de invierno, que nos hacía experimentar el frío de aquella humedad que provocaba en el olfato raras sensaciones de aromas nuevos que tenían el poderío misterioso de llenar nuestra mente de recuerdos confusos; vagas reminiscencias del pasado, tal vez de un futuro que presentimos, cuando aspiramos el perfume acre de tierra

empapada por la lluvia. Era, como se recordará, domingo, y los establecimientos, cerrados, no podían mostrarnos su lujo y su magnificencia; pero fuímos al Zócalo, de donde partían contínuamente gran número de tranvías eléctricos, grandes, rápidos, profusamente iluminados; ante aquellos tranvías filosofamos un momento, considerando, por el color de sus cristales luminosos, que transportaban los pasajeros á otro Vedado, otro Cerro, otro Jesús del Monte que en México se llamaban San Angel, Tacubaya, Tlaxplana ó Mixcoac.

El Zócalo, la Plaza de la Constitución, es en la capital de México, por su situación é importancia, lo que serían nuestra Plaza de Armas y nuestro Parque Central reunidos, porque siendo más céntrico que la Alameda, tiene á sus alrededores la Catedral, el palacio del presidente de la República y otros edificios de buen gusto arquitectónico y amplios portales de cafés y restaurants y sederías lujosas.

Errando por estos parajes llegamos frente al teatro Pricipal, cuya fachada modesta estaba profusamente iluminada, pero no entramos en él; cansados y aburridos, no tardamos en volver al hotel.

Al día siguiente madrugamos. A las ocho de la mañana ya estábamos en la calle, comenzando ese difícil trabajo de orientarse en una población desconocida, para darnos cuenta de la dirección que seguíamos en las vueltas y revueltas que nos hacían pasar varias veces por el mismo sitio, sin sospecharlo.

La ciudad de México es hermosa; sus calles principales están asfaltadas y llenas de edificios de artística fachada. En los barrios centrales, se-

guíamos con mirada curiosa el tipo del mexicano resisto á europeizarse, el hombre del pueblo, que no abandona su traje y sus costumbres tradicionales. Resaltaba en la clase pobre una nota de miseria y suciedad; mujeres harapientas, con el "chamaco" que aun lacta cargado á la espalda, como un lío que se lleva á cuestas y la cabeza cubierta por el característico rebozo, imploraban, en gran número, la caridad pública Muchachos, pilictes del arroyo, se arrojaban sobre nuestro calzado, para darles una momentánea limpieza con la manga de la camisa y pedirnos luego la propina, con la mayor frescura. Los hombres, con su sarape ó frazada de colorines terciada sobre las espaldas y su descomunal sombrero en la cabeza, tenían un andar indolente y charlaban ese dejo cantado y contagioso del mexicano genuino, cuyo tipo eran pinceladas llenas de vida en el incesante tráfago de mujeres elegantes y gentes acomodadas, envueltas en paletots y abrigos á pasar de habernos dicho adiós la primavera; pero la capital tenía un sol enfermo, que aparecía de tarde en tarde en un cielo plomizo para enviar un resplandor debil sobre el asfalto húmedo de las calles.

Yo, como Marquez Sterling, veo también á México á través de recuerdos personales; pero no lo veo "la ciudad triste," como las nostalgias de un estado anémico; veo al México de los cielos violáceos, cuando el sol escondido tras el follaje de Chapultepec deja en ellos un crepúsculo tardío que la noche respeta largo rato, tal vez porque en la atmósfera se lícuan el oro y el azul en que se engendra el verde blanquecino donde brillan las estrellas de una noche mexicana.

Tres ó cuatro días pasamos de vagabundos, curioseándolo todo. Pedro encontró, visitando casualmente un Monte de Piedad, un delicioso paletot de verano, que le sentaba "á merville" y que en la subasta donde, por "parejería" tomó parte en la puja, le fué adjudicado en cinco duros. Valía, en realidad, más del doble; pero aquellos Montes de Piedad, subvencionados ó mantenidos por el gobierno, ponen á raya á los prestamistas no oficiales, cuyas "agallas" todos conocemos. Yo tuve la desgracia de no hallar otra ganga como aquella, y me fué preciso enviar á Pedro al diablo porque pretendía que cobijara mi humanidad bajo una vistosa capa española. Pero me resistí valerosamente, porque no era prenda de mis simpatías.

Empezamos á sentirnos aislados. A nadie conocíamos, no habíamos encontrado amigos, y no tardamos en añorar nuestras relaciones de Mérida. Nos comprendíamos con la mirada cuando nos decíamos, tratando de engañarnos mutuamente, que "era preciso, ya que estábamos en la capital, conocerla á fondo antes de largarnos de ella." Y no tardamos en preguntarnos, con cómica aflicción:

—Chico... ¿dónde quedará "el barrio" por aquí?

—¿El de "la familia?"

—Sí....

—¿Vamos á decirle á un cochero que nos lleve?

—¡Vamos!

Montamos en el primero que pasó, después de haber dicho al cochero, guiñándole los ojos

como si quisiéramos hacerle ver que éramos un par de sinvergüenzas incógnitos:

—Llévenos á.... á esas casas donde uno se divierte, ¿eh?

El auriga fustigó el caballejo, y á los cinco minutos, sin salir del centro de la población, con sorpresa nuestra, detuvo el cupé frente á una casa baja, en una callejuela adoquinada. Nos bajamos y entramos, penetrando en una pequeña sala bien decorada. Había piano, espejos, portiers, bibelots. Tres mujeres, que desde un patiecillo nos habían visto entrar, corrieron hacia nosotros arremangándose las faldas, para llegar más pronto á nuestro lado.

¡Eran mexicanas, del mero México, auténticas mexicanas de grandes ojazos inocentones y bocas de labios frescos, carnosos, abultados! Á las pocas palabras nuestras nos preguntaron si éramos cubanos.

—Sí, "viejita," cubanos; somos de la Habana.

Aquello fué, entonces, "el disloque," una explosión de cariñosa simpatía por nuestro orígen y nuestros antecedentes, que no nos enorgulleció porque produjo en nuestros corazones, huérfanos de cariño, una sensibilidad terneril; jamás nos habían recibido en parte alguna con franqueza y ternura tantas, sentándose en nuestras piernas y acariciándonos con halagos tan ajenos, tan desprovistos de la grosería y el interés que debía, lógicamente, predominar en aquellas criaturas, que parecían envolvernos en un ambiente de antigua amistad, de fraternal y sincero cariño.

Tuve un arranque de cinismo al exclamar,

besando dulcemente una de aquellas bocas frescas, manchadas de tantas impurezas:

—¡Ah, qué placer más grande es estar con "la familia!"

Pero reflexioné gravemente sobre lo disculpables que son, "hasta hoy," los grandes intelectuales y los pigmeos literarios que han endiosado á la mujer pública; que han metido por los ojos á las gentes sensibles y románticas el modelo de la Margarita Gautier, haciendo supremos esfuerzos de psicología del alma femenina para convencernos de que esas mujeres rechazadas de su seno por la sociedad de las gentes honradas, son capaces de amar "honradamente," de poseer sentimientos tan puros como los de esa sociedad que las rechaza.

Y digo que disculpo esa labor "hasta hoy," porque no es deificando á la mujer pública como ha de llegar la intelectualidad á la perseguida solución de su eterno problema moral. Ya sabemos demasiado bien que muchas de ellas son buenas, piadosas y amantes, y que en las sociedades viven respetadas gentes impiadosas y amorales; pero la verdad circunstancial no puede ser base, punto de apoyo para alcanzar las enseñanzas de una moral absoluta; dignáos filosofar, eternos psicólogos, insignes psicólogos, pero niños de teta de la madre Filosofía, y tal vez comprenderéis, si tenéis buena voluntad, lo que vibra en la atmósfera del siglo XX. Ya no es tarea principalísima demostrar que nuestra etognosia nos permite analizar, sin equivocarnos, las bondades y la maldad del corazón humano. Ahora es necesario conocer "por qué" preexisten, existen y subsisten nuestras bondades y maldades, y esta labor no se realiza in-

sultándonos á nosotros mismos cuando descubrimos que el alma de una mujer pública encierra más pureza que la de nuestra honorable vecina, la señora de enfrente; no cometamos la tontería de hacer una novela ó unos versos con nuestra propia historia de hombres vividos, grandes mundanos y... ¡de muchísimo talento! para relatar que hemos sido adorados por una ramera como no nos amó jamás mujer alguna; para que nuestras timoratas y curiosillas amigas vírgenes nos miren con cierta admiración; para que nuestros compañeros y las gentes extrañas lean en las arrugas de nuestra pensadora frente "la inmensa experiencia que poseemos," porque todo eso es perder el tiempo lastimosamente.

Si ya sabemos el "cómo" y el "cuándo" de que habla Büchner, es preciso hallar el "por qué," aunque Büchner, hace treinta años, no lo creyera humano; es preciso, en una palabra, ver si se puede suprimir el pecado, cuando se halla la injusticia que nos hace pecar; y esta ansia se experimenta desde que el corazón se convence que es una injusticia nacer maldito, moralmente imperfecto; y que hay una exactitud, una verdad formidable que nos hace amar la vida y llorar la muerte, como adivinos infalibles de que, entre las sombras del caos, cuando como dice la Biblia, "la tierra estaba desadornada y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas," se hubiese hecho una usurpación monstruosa, escondiendo á Belial bajo la túnica de Jehová. A Jehová bajo el manto de Belial.

Aquellas mujeres nos pedían que "platicáramos" de nuestra tierra, y les contamos cuanto

nos vino á las mientes. Ellas, en cambio, nos dieron interesantes noticias para hacer entretenida, aunque poco santa, nuestra estancia en la capital. No sé qué tiempo hubiéramos permanecido allí, si la "madrota," (la dueña del prostíbulo) asomándose á una puerta del salón, no hubiera hecho una seña misteriosa á las muchachas, una de las cuales dijo entonces:

—¡Andenle pues, cubanitos! Ya hemos platicado bastante....

Era la llamada al goce torpe y brutal. Nos levantamos y nos despedimos afectuosamente, prometiéndoles que volveríamos otro día, asegurándoles que nos habían gustado mucho. Y ya subiéndonos al coche me pareció oir que la "madrota" reñía á las que habían salido al pasillo, á darnos un último y tierno beso de despedida. Aquello me mortificó y dí un codazo á Pedro para que prestara atención, pero mi digno amigo se encogió de hombros desdeñosamente y me repuso con perfecto dejo mexicano:

—¿Pues qué pasó?

—¿No oyes á la "madrota?"

—¡Que vaya y... friegue á su madre!

IV

En virtud de las noticias recientemente adquiridas preguntamos al cochero si estaban muy lejos "la primera" y "la segunda" de Dolores. (1)

---

[1] En la ciudad de México una sola calle tiene varios nombres, por tramos ó cuadras numeradas. La de Dolores, que pierde este título en el mercado de San

El automedonte nos contestó, casi en otro idioma:

—¿Pues qué, patrón? ¡No me haga usted guaje! Luego-luego estamos allí.

En efecto; de la calle de la Teja, que era donde habíamos estado, á la de Dolores, solo mediaba una cuadra, y el cochero tenía derecho á creer que pretendíamos "hacerlo guaje," (tomarle el pelo) ignorante como estaba de nuestra condición de extranjeros recién llegados.

Cuando nos vimos en la primera de Dolores, despedimos el cupé, creyéndolo ya innecesario, porque habíamos reconocido las cercanías de la Alameda, y creíamos poder orientarnos. A poco de transitar por la citada calle, sin descubrir apariencias de casas "non sanctas," nos metimos en un café llamado "El Bosque." Sin sospecharlo, estábamos en la mera zona de lenocinio, porque la calle de Dolores, en su acera impar, estaba llena de "congales" en toda su extensión.

Pero tanto de día como de noche aquello tenía un aspecto más decente, menos innoble que nuestra horrible calle de San Isidro, causa única de tantos crímenes que no son engendrados tanto por la estulticia de la hez social como por el incentivo que dan al delito la publicidad de la escena en que germina y se desarrolla y la triste popularidad que prestan esas informaciones modernas que hacen el minucioso relato, ilustrado, de las hazañas de la bestia humana; que sir-

---

Juan, donde continúa con el de Chiquihuiteras, está dividida en tres cuadras, numeradas como primera, segunda y tercera de Dolores.

ven á la sociedad honrada y timorata ese plato fuerte que devora con avidez la eterna imbecilidad de las gentes que no comprenderán, mientras hagan tan fétida digestión, qué profundo espíritu filosófico de moral social bien entendida prohibe las ejecuciones públicas en algunos países y niega á la prensa de información el más ligero detalle de esos crímenes que popularizan, hasta endiosar, al autor, y que le procuran una cohorte de admiradores, de imitadores futuros, en la masa triste é ineducada de los pueblos que se creen libres porque tienen una bandera, pero que comprenden que no lo son cuando miden el valor de la limosna de amor y de pan á que tienen derecho los infelices que no pueden amasar con sus manos, aunque revienten trabajando, la felicidad de procrear una familia sin correr el peligro de morirse de hambre.

No se podía sospechar la existencia, por aquellos contornos, del vicio reglamentado, vigilado y amparado por las leyes civiles, hijas legítimas y amorosas del espíritu religioso que atesoraba el inolvidable apóstol Agustín, que aconsejaba al rebaño humano que no persiguiese á las mujeres públicas, porque si éstas no existieran las pasiones sin freno lo destruirían todo; humanitario consejo que hemos seguido siempre, porque el Estado y la Iglesia han podido convencernos de que la prostitución es un mal necesario, por lo menos mientras no descubramos que sin Estado y sin Iglesia el hombre y la mujer podrán mantenerse honrados cuando el Socialismo tenga un Mesías.

Nosotros ignorábamos que tras las mamparas de aquellas puertas estrechas, que podía em-

pujar y franquear todo el mundo, había escalinatas que conducían á los pisos superiores, donde estaban instalados les lupanares; no sabíamos que "El Bosque" era el punto de cita de la gente alegre que visitaba aquel barrio, el restaurant en que comunmente cenaban.

El establecimiento nada tenía de lujoso: una veintena de mesas y diez ó doce reservados. Desde las cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada, el personal era femenino, como es en diversos y numerosos cafés, dulcerías, hoteles, kioscos y baratillos mexicanos. Las meseras de "El Bosque," que solo ganaban por su trabajo el producto de las propinas, eran muchachas frescas y como escogidas para aquella tarea; les estaba terminantemente prohibido permanecer dentro de los reservados, con la puerta cerrada, cuando ejercían las funciones de su cargo; pero su carácter, su "angel," pronto las hizo encantadoras para nosotros, habaneros que, á pesar de las influencias "americanizantes," no disfrutamos aun en nuestra tierra el placer de que una linda muchacha nos sirva un "bisteck" en un restaurant ó en cualquier sitio una "modesta" ginebra.

Cuando tomamos asiento, frente á una mesa, acudieron dos muchachas á servirnos, y pedimos vermouth, invitándolas á que tomaran con nosotros, galantería que aceptaron sin hacerse rogar, sentándose á nuestro lado, luego que una de ellas hubo traído el servicio; tenían un carácter tan afectuoso, unido al deseo natural de ganar la propina, que su amabilidad era verdaderamente aplastante. En cuanto largamos un par de "oye, chico," "mira, chico," conocieron que éramos cubanos; y como en todo el México femeni-

no que tratamos, nuestra ciudadanía les inspiraba una simpatía que no disimulaban. Platicaban con un cantaleteo distinto al yucateco, más suave, menos cantado, con alargamientos indefinidos de las últimas vocales.

—¿Usted me llevaría á la Habana? ¿Verdaaa que siiii, cubanitooo?

Y nos piropeaban con más frescura que nosotros á ellas.

—¡Andale, lindo, platica! ¡Qué ojos tenéis vos..!

—A mí me gusta más este....

—¿Pues qué? Los dos son muy chulos....

Es decir, muy buenos mozos. Determinaron sortearnos, para ver con cuál se "quedaba" cada una; y lo hicieron con encantadora naturalidad, riendo alegremente, pero sin darnos pie á propasarnos, por lo que, á pesar de nuestra "correa," no sabíamos qué determinación tomar, con leves sospechas de que nos estaban "butifarreando" y de que todo aquel palique no era más que el temible jarabe de pico que caracteriza á los mexicanos, y que deja muy atrás á nuestro "pasteleo" criollo.

El resultado fué una propina espléndida, para dejar bien sentado el pabellón.... y pagar el noviciado en aquellos lazos de la artería mesero-femenina.

Nos fuimos á comer al hotel y aquella misma noche volvimos, muy orondos, á la calle de Dolores, como si fuéramos á realizar un serio trabajo de investigación. Empujamos una de aquellas mamparas y nos metimos en el número 9; subimos por una escalinata de dos tramos y nos vimos á la entrada de un salón amplio é iluminado

donde bailaban seis ú ocho parejas al compás de la música de un piano; y penetramos en aquel recinto.

A los costados, en hileras de sillones y divanes, charlaban con bulliciosa animación algunos grupos, como en una "soirée" de confianza; las mujeres eran, en su mayor parte, hermosas y vestían aunque llamativamente descotadas, trajes no exentos de lujo y de gusto. Pero algunas llevaban en el rostro esa huella de cansancio indecible que apenas se borra bajo las carcajadas estrepitosas y los alardes de cinismo que observamos en esas mujeres que tal vez tienen un minuto en su vida en que desprecian desde lo más íntimo de su sér el triunfo que consiguen cuando ven brillar en los ojos de los hombres la admiración y la simpatía estúpidas que producen la impudicia y el descoco femeninos.

Apenas tomamos asiento se nos acercó una, y nos presentó, con la copa hacia abajo, el sombrero del pianista; era que reclamaba la indispensable peseta que nos daba derecho á bailar. Y Pedro, que lo hacía perfectamente, no tardó en lanzarse al medio de la sala, mientras yo "le fajaba" á una mujer que era "mi tipo," entablando con ella animado palique.

Al cabo salimos de allí, satisfechísimos; y bajando las escaleras, mi digno compañero me dijo:

—Ni te ocupes; esa "se mete" conmigo.

—¿Quién?

—La "Galleguita," chico; la que bailaba conmigo. Le "resulto," y me ha citado para vernos mañana, á la una de la tarde, ahí, en "El Bosque"

—¿Sabes que aprovechas el tiempo?

El se pavoneó para decirme:

—¡Ah, mi querido! Usted será muy filósofo y no le gustará el baile, pero yo creo que bailando bien, y sabiendo "ahuevar" un danzón es como mejor se consigue mujeres. ¡Desengáñate, chico!

—Oye, te advierto que también estoy citado para mañana, en "El Bosque," con Marina.

—¿Marina? ¿La que nos dijo que era matancera?

—La misma.

—No está "mala...."

—Tiene una boca que ríe muy bonito....

—¿De modo que....? ¡Magnífico! Entonces mañana debutamos juntos.

Bajo tan gratos auspicios hicimos otras visitas en la misma calle, y en todas ellas observamos idéntico espectáculo; pero no pusimos empeño alguno en hacer otras conquistas; nos retiramos temprano al hotel.

V

Al día siguiente, á la hora fijada, estábamos en "El Bosque." Marina fué puntual, y la "Galleguita" no; "pintó un violín" á mi digno compañero, frustrando nuestros deseos de amar juntos, como buenos hermanos que éramos. Después de almorzar allí, Marina y yo tomamos un cupé para pasear la ciudad, que mi amable compañera quería mostrarme á través de sus gustos; iba á ser mi encantadora cicerone, con esa alegría con que enseñamos á una persona querida los lu-

gares de una ciudad que guardan el encanto secreto de nuestros recuerdos.

—¿Ya has ido á Chapultepec?—me preguntó.

Y al oir mi respuesta negativa, dió la dirección al cochero.

Eran las dos de la tarde, pero el cielo, brumoso, me hacía perder la noción de las horas; respirábamos en un ambiente frío, agradable, y juntitos, en el fondo del cupé, con dos manos unidas y los dedos entrelazados, nos mirábamos amorosamente, con fijeza muda, hasta el fondo de nuestras pupilas, y nos sonreíamos uno al otro como dos amantes tiernos que saben besarse castamente, con los ojos. A través de las ventanillas del cupé, con las cortinillas descorridas, vimos desfilar, en toda su extensión, el Paseo de la Reforma, en que están erigidos dos soberbios monumentos á Colón y á Guathemoc. Y llegamos á la falda del cerro del Chapulín, donde se yergue el castillo de Chapultepec, el histórico palacio en que moró Maximiliano, hoy residencia veraniega de D. Porfirio Díaz.

Echamos pie á tierra. Enormes árboles forman al rededor del alto castillo un bosque denso, cortado por senderos para vehículos y peatones. El viento gime entre las ramas de aquellos carcomidos y vetustos ahuehuetes, con un murmullo grave y dulce, como si en aquel follaje umbrío que antaño cobijaba el baño perfumado del pobre Moctezuma, estuvieran escondidas las arpas wagnerianas de la música inmortal, descriptiva, la armonía natural. El viento gime en el follaje y el silencio de aquel bosque, y el alma se siente invadida de tristeza indefinible oyendo el relato misterioso de las épicas hazañas y proezas de una

raza que han ungido la Gloria y la Desgracia; se cree percibir el clamoreo de las tropas de Cortés y los ayes apagados por los gritos de victoria en el festín de aquellos buitres sanguinarios que saciaron su sed de oro en la bella Tenochtitlan de aquel imperio azteca, desconocido y esplendoroso; se experimenta la amargura infinita del contraste: la ciudad frívola y loca vecina de aquel bosque legendario en que perdura la sombría tristeza de los recuerdos sepultados en las sombras de la Historia, donde el polvo de los siglos ha cubierto los tormentos que sufrió Guatimosín, el heróico defensor de aquel secreto que dormita, con las llaves que guardaban los tesoros imperiales, en las aguas del gran lago, en el fondo del Texcoco.

Mi linda compañera, cogída de mi brazo, caminaba á mi lado, respetando mi silencio; de vez en cuando la oprimía junto á mí, con la mirada perdida y el pecho inundado de aquellas sensaciones que me transportaban tan lejos de la realidad, á la que volví dejando escapar un suspiro que aligeró mi pecho; pasé mi brazo por su talle esbelto, y al mirar sus ojos garzos y soñadores que parecían haber seguido el vuelo de mis pensamientos, tuve un transporte de loca ternura y la besé en los labios con la misma embriaguez que se besa una novia.

—Ten cuidado,—me dijo—que estamos en un sitio público. Aquí verás á hombres y mujeres del pueblo, á los "pelados" que se abrazan en la calle, pero á mí puede costarme un encierro en Belén..

Y sonrió con graciosa humildad.

—Si tú supieras,--le repuse--lo que acaba de pasar por mi alma, como una ráfaga. Pero tal vez

no lo comprendas, al verme tanto rato callado, á tu lado, como esos hombres tímidos. Pues para que veas, he sentido una imperiosa sed de amar, de llenar mi corazón de veinte y cinco años con un amor digno de mi juventud y de mis ansias, y te he besado con la ilusión de verte junto á mí, en este bosque solitario de una ciudad desconocida, nueva para mí, donde, como no hay nada de mi pasado, de mis amores muertos, me entran irresistibles deseos de amar otra vez mucho á una mujer... á tí tal vez, que has querido pasear conmigo, que te entregarás hoy á mí porque te gusté ayer, y que eres muy linda sonriéndome así, como si fuera verdad que vas á quererme; y te beso con alegría infinita, aunque corra el peligro de parecerte ridículo si no me comprendes bien.

Ella clavó en mí una mirada de extraña y dulce alegría, para decirme:

—Sí te comprendo... ¡poeta!

Y á mí, que jamás escribo versos (en serio) porque sé que la poesía es un molde muy estrecho para defender "la buena causa;" á mí que no ignoro con cuánta razón ha dicho Blasco Ibáñez que Zola era más romántico que Víctor Hugo, aquella palabra me acarició como un ósculo sagrado. Montamos de nuevo en el coche y no tardamos en desembocar en un claro del bosque, donde había un lago en que nadaban blancos cisnes, frente al chalet de un café restaurant. Luego visitamos el Museo Zoológico, deteniéndonos frente á las jaulas de las fieras, cogidos de la mano, curioseándolo todo, tratando de leer el enigma de su vida en los ojos de las bestias cautivas y admirando aquellas águilas graves é inmóviles cuya efigie campea en la enseña nacional.

Y subimos nuevamente por el largo Paseo de la Reforma, bordeado de castillos, imitando aquellos palacios medioevales conque nos hace soñar la romancesca pluma de Walter Scott. A la entrada del Paseo, frente á un bronce que representa á Carlos IV, á caballo, Marina me dijo:

—Fíjate bien en esa estatua, á ver si le encuentras un defecto.

Asomé la cabeza por la ventanilla del cupé y estuve examinando el monumento.

—No veo defecto alguno.—repuse—¿Es de tal importancia que se nota á simple vista?

—Sí, y está en el caballo; fíjate bien.

Y me indicó en qué lugar debía fijarme: donde vulgarmente se coloca el valor en los hombres. El corcel, contra todas las reglas de una aritmética sui géneris que estableciese, como la común, el precepto de que el denominador sea siempre mayor que el numerador, tenía, exactamente, la misma "cantidad de valor" en ambos quebrados de su número mixto, homogeneidad que no se observa en los números decimales... ni en las longitudes anatómicas de la región escrotal.

Otro rumbo menos sentimental tomaron mis ideas, dèspués de aquella anécdota; pero cruzábamos ya las calles de la ciudad, y Marina tuvo que decirme:

—Quietas las manos.... que estamos en México.

Y poco después añadió:

—¿Dónde quieres ir ahora?

—Donde tú quieras.... ¿no eres mi guía?

—Podríamos ir á San Angel, ó.... ¿quieres ir á ver la famosa ermita de la vírgen de Guadalupe? Podemos ir en tranvía....

—¿Está muy lejos?

—Un poco.

—Pues vamos.... más cerca; al sitio que tu elijas, pero donde podamos, sin testigos, estar uno en brazos del otro.

Ella entonces asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Cochero! ¡Al "Bella Union!"

Con las mismas razones que en la Habana hubiera dicho: ¡al "Palais-Royal!"

VI

Una mañana nuestro compañero de cuarto, al que veíamos muy raras veces, nos detuvo en las escaleras del hotel, diciéndonos:

—¿Dónde se meten ustedes?

—Por ahí.... Ya empezamos á conocer el terreno.

—¿Saben dónde se reunen los cubanos?

—No....

—Pues aquí cerca, en la calle de Coliseo Viejo, busquen el hotel "Carabanchel;" ayer estuve á comer allí, convidado por un amigo.. ¡hay cocina española!

—¡Hombre, pues iremos al "Carabanchel"

Aquella noticia era doblemente grata para nosotros, que ya no podíamos pasar los "moles de guajalote" y las sopas sospechosas del "Continental." Y nos hallamos, en efecto, conque el "Carabanchel," con sus cubiertos de 50 centavos, era más digno de nosotros; además, era el punto de cita de la colonia cubana, y al fin hallábamos no solo compatriotas, sino también amigos. El hotel estaba situado admirablemente. Las anchas

aceras de la animada vía que se llama Coliseo Viejo son el trayecto natural de la gente que afluye al Zócalo; y á dos pasos del "Carabanchel" en la esquina del Coliseo Viejo y Coliseo Nuevo, converge la multitud que visita cafes y restaurants como "Monte-Carlo," "La Noche Buena," "La Corona" y "El Cosmopolita." En aquellas inmediaciones están el "Teatro Principal," el palacio de "Itúrbide" y el hotel "Coliseo", y en aquella esquina nos reuníamos los cubanos; de allí partían todas las iniciativas, los proyectos de "rumbas" y allí se "choteaba" la "honradez oficial" lo mismo que se recolectaba una limosna para socorrer á un infeliz ó se reunía el dinero suficiente para depositar una corona en la tumba de la meretriz amiga que fallecía en el hospital, tísica ó tuberculosa. Aquello era, en fin, nuestra "acera del Louvre" en México.

Desde el primer día que comimos en el "Carabanchel" formamos el propósito de mudarnos del "Continental," donde no nos cedían habitación solamente, y donde, por lo tanto, pagábamos la comida que no consumíamos, pero se nos hacía penoso restar un par de horas al "dolce far niente" para poner en orden nuestro voluminoso equipaje y realizar la engorrosa mudada.

Ni Pedro ni yo hablábamos ya de la continuación de nuestro viaje; en cambio, nuestra existencia era más desenfrenada que en Yucatán. Pero aquel México era, para nosotros, una ciudad bendita; Pedro ya había "debutado" magníficamente, con una malagueña del "congal" de la calle de la Victoria, con la que parecía haberse "formalizado," y yo, que había roto con Marina, me dedicaba á estudiar "profundamente" el vo-

cabulario que usaba conmigo todas las noches, cuando nos retirábamos á "su casita," una "tapatía" (oriunda de Guadalajara) que me "chiqueba" con un diccionario nuevo de provincialismos tan pintorescos, tan sutiles, tan gráficos, que comprendí por instinto lo que influye en la idiosincracia de un pueblo, y hasta de una raza, su carácter filológico, la suavidad ó la dureza de su idioma, el modo de hablar. Comprendo que soy incorregible, cuando escribo, en mi manía de columpiarme desde lo erótico á lo filosófico, desde una ramera "tapatía" á una apreciación etnólogo-filológica, pero "los que me conocen inédito" saben que ese es "mi yo." Todo esto puede reducirse á demostrar que lo mismo que el alemán es el idioma de los filósofos ó el italiano el del canto, ó el antiguo griego el de la oratoria, el lenguaje de mi tapatía era el único capaz de hacerme comprender perfectamente cómo entienden el amor las bellas hijas del estado de Guadalajara.

Nuestros mejores amigos eran dos portorriqueños, compañeros de mesa: Antonio Otazo, de doble edad que nosotros, pero á quien divertían nuestras locuras, haciéndole salir muchas veces de sus casillas, y Julio Tiro, que pronto se hizo nuestro inseparable.

Una mañana, mudándonos de ropas en el "Continental," ví que Pedro movía la cabeza con disgusto, examinándose unas escoriaciones que le producían vivo picor.

Pronuncié una frase en que había una palabra terrible, y él me replicó:

—No, bien sé yo que no es eso; pero como conviene ser precavido, si lo veo feo me quemo con nitrato de plata.

Dos ó tres días después, tuvo que hacerlo, mientras yo, que había amanecido malo del vientre, corría de cinco en cinco minutos al retrete del hotel, y volvía pálido y desfallecido, á tenderme en la cama; mi digno compañero, en cambio, que había hecho en su persona un ensayo de veterinaria más que una cura delicada, se vistió con su acostumbrada elegancia y tomó las escaleras, después de decirme en tono de mofa, al ver que yo no podía permanecer diez minutos con los pantalones abrochados:

—No salgas, que estás "malito." Quédate tranquilo y haz "la caca."

Le grité, para vengarme, cuando ya bajaba las escaleras:

—¡Oye! ¡Si te registran por ahí van á creer que llevas la peste bubónica!

Estuve enfermo tres días, pero al fin sané; el pobre Pedro, al contrario, iba de mal en peor; sin embargo, aquello no era lo que nos habíamos figurado al principio, la dolencia cuya sintomatología conocíamos perfectamente. Se limitaba á un escozor molesto, cierto tiempo, pero que al debilitarse le hacía olvidarlo completamente, hasta que volvía á aparecer.

Es inútil que pretenda disculpar nuestra eterna despreocupación: el tiempo no nos alcanzaba para divertirnos. Pedro tenía una nueva querida, María "la Prieta," y yo continuaba con mi María, "la tapatía." Una madrugada, á las dos, me levantaba, en el hotel, cuando Pedro llegó, preguntándome:

—¿Cómo? ¿Te levantas á esta hora, para irte á la calle?

—Sí, chico; hago esto hace días, para "for-

malizar" mi vida y no andar por ahí metido hasta las tres, que es la hora en que puedo ir al "congal," á buscar mi "tapatía."

—¿Y á eso llamas tú formalizarse?

—Sí. ¿Y tú, de dónde vienes á esta hora?

—De Santanita, donde estuve de rumba con "la Prieta."

—¿Y vienes á dormir solo? ¡Qué milagro!

No me contestó; acabé de vestirme mientras él se acostaba, y me fuí á la calle. Cuando volví, á la una del día siguiente, para irnos juntos á almorzar, al "Carabanchel," me recibió con estas palabras:

—Chico ¿por qué te llevaste mi cartera, dejándome sin un centavo, si ibas á venir tan tarde?

—¿Qué cartera, chico?

—Hombre, la mía; al ver esta mañana que no la tenía en el bolsillo, supuse que te haría falta dinero y te la llevarías anoche.

De improviso adiviné la desgracia que se nos venía encima, y repuse rápidamente:

—¡Yo no he tocado tu cartera! ¡Tengo dinero en la mía todavía! ¿Tú no comprendes que no iba á andar con dos carteras encima? Si hubiese necesitado dinero te lo hubiera pedido anoche, ó te hubiera cogido una cantidad, no la cartera con todo el dinero. ¡Si no la encuentras es que te la han robado!

—¿Aquí, en el cuarto?

—Naturalmente; á menos que haya sido en Santanita, algún ratero.. ¿Tomaste mucho allí?

—Casi nada; no, yo traje la cartera, si recuerdo haberla sacado para pagar al cochero. La única esperanza que tenía era que tú te la hubieras llevado anoche por necesidad, ó tal vez para

darme un susto; así es que si me la han robado, no nos queda más dinero que el que tú tengas... En la cartera estaba todo, más de ochocientos pesos.

Me dejé caer en una silla. ¡Yo solo tenía quince duros mexicanos! Fuimos á la comisaría del barrio, y produjimos el correspondiente parte; el comisario nos citó para darnos, en el plazo de tres días, cuenta del resultado de sus pesquisas, pero nosotros ¡¡no volvimos!! á la comisaría, por evitarnos aquel engorro oficinesco y porque considerábamos perdido aquel dinero. Mucho tiempo después supimos que, á consecuencia tal vez de aquella despreocupación inaudita, la policía de México nos estuvo vigilando, con sospechas de que habíamos formulado una falsa denuncia, simulado aquel robo; y mucho más tarde aún, cuando oimos á Antoneti, que á raiz de aquel suceso abandonó el hotel, hacer alarde ante nosotros de estarle robando mucho dinero á la compañía de tranvías eléctricos, en que se había colocado, fué cuando sospechamos de él. Pero, al asno muerto.... no aplicamos la cebada al rabo.

Aquellos ochocientos pesos, en billetes, aparte de los quinientos que él me entregara en la Habana, ¿era lo quedaba de los dos mil y pico que heredara Pedro? ¿Con qué dinero se quedó Ofelia en Mérida? Jamás se lo pregunté á Pedro, y él, que leerá estas líneas en París, donde se halla actualmente, es probable que sonría y me lo diga en una futura carta.

Nuestra primera y única medida económica fué mudarnos del "Continental," cuya comida pagábamos, sin consumirla, hacía un mes. Nuestro buen amigo Antonio, á quien expresábamos

la necesidad en que nos veíamos de vivir un poco económicamente después del robo, nos dijo:

—Podemos hacer una cosa. La habitación que yo tengo es bien grande para tres y yo no dudo que la dueña de la casa los acepte, como amigos míos, porque es una señora que me aprecia mucho. Eso sí, caballeros: aquella es una casa de familia honrada, y hay que dejarse de relajitos.

Días después estábamos instalados con Antonio. Habíamos hecho la primer visita al Monte de Piedad, donde empeñamos una cámara fotográfica que había costado á Pedro nueve centenes, y por la que le facilitaron tres billetes de á diez duros. Pedro se los guardó diciéndome:

—Oye, filósofo: con esto nos mudaremos.

Esa noche, al pasar por la calle de la Independencia, nos llamó la atención un grupo de personas frente á una casa profusamente iluminada. Era que se inauguraba un salón de "pocker." Un criado, de frac, en la puerta, repartía tarjetas á los transeuntes "bien portados" y los invitaba melosamente á que pasaran á tomar un poco de champagne y admirar la instalación. Pedro me dijo:

—Oye, yo conozco bien el "pocker," soy una potencia en ese juego; me están dando ganas de probar suerte, á ver si ganamos una pila de billetotes....

Y viendo que me encogía de hombros, continuó:

—Voy á arriesgar diez pesos.

Entramos, y se sentó á jugar mientras yo encendía un tabaco que me habían traído, con unas copas de cogñac Martel. En aquella mesa los jugadores eran casi todos "yankees" y había, ade-

más, dos ó tres japoneses californianos que hablaban el inglés "á la campana," expresión de que quiero valerme para añadir que nosotros oíamos campanas y no sabíamos por dónde.

A la media hora salimos de allí. Pedro había perdido los treinta pesos; me guardé de pronunciar una sola palabra que pudiera mortificarlo: traté de consolarlo filosofando; pero mi digno compañero estaba indignado, no por la pérdida de los treinta pesos,—decía—que no iban "á ninguna parte," sino porque no había "ligado" una sola vez. Y quería convencerme de que aquello "no le había pasado nunca."

El resultado fué que hicimos otra visita al Monte de Piedad, á empeñar un fistol, una herradura de brillantes, de Pedro, por la que le dieron ochenta pesos. Cuando los cogió me pasó los billetes por las narices, [solo tengo una] diciéndome, para verme "caliente:"

—Gran hombre, con este dinero vamos á rescatar los treinta pesos.

Pero no hicimos tal barbaridad; con aquel dinero pagamos la cuenta del hotel y nos mudamos con Antonio.

VII

Corría ya el mes de Septiembre, y sentíamos menos frío que á nuestra llegada. Pedro seguía "comprometido" con "la Prieta," pero yo acababa de romper con la "tapatía," cuando supe que había sido mujer de un amigo mío, que después de una ausencia temporal, había vuelto á la ciudad de México, donde no tardó en reanudar sus relaciones con la "tapatía." Y Falcar, que así se

llamaba el amigo ausente, no bien se encontró conmigo, me dijo sonriendo:

—¡Hola, filósofo! ¿Qué escuela es esa que ordena vivir con la mujer de los amigos? Me parece que Diógenes, con ser cínico, "no llevaba de eso."

—Tienes razón; pero Diógenes no se ocupaba de las mujeres, aunque estuviesen libres. Lo mío ha sido sin querer; dispensa; un "lapsus."

Entonces me contó que él le perdonaba "aquellas cosas" á María porque era una buena "madrecita." Falcar era un hombre digno de estudio; vivía de su "madrecita," á la que "coimeaba" en toda regla, pero sin alardes rufianescos, porque había recibido buena educación, y vestía decentemente, sin el sello chulesco que denuncia á los del "oficio" lo mismo que á los del "sport." Falcar nos confesaba que solo poseía aquel traje negro, flamante aunque tenía un año de uso, porque todas las noches, al acostarse, ponía los pantalones entre gergón y gergón de la cama, para que no perdieran la raya. Tenía horror á no verse aspecto decente, y su manía de limpieza personal, llevada á la exageración, nos hacía reir. A veces, cuando íbamos con él por una calle, se detenía, de pronto, para decirnos:

—Caballeros, vamos á doblar por esta esquina, no sigan por ahí.

Era que había visto un charco difícil de vadear, ó el piso lleno de polvo; y si, por oirlo, pretendíamos seguir adelante, era capaz de abandonarnos lanzando su frase favorita:

—¡Un tarro! Yo no paso por ahí....

Pedro había empeñado su magnífico solitario, de cerca de dos quilates, por el que le dieron cuatrocientos pesos, [mexicanos] y comenzamos á

frecuentar los billares y salones de juego, iniciados por dos compatriotas, maestros azucareros que, como otros mucho, derrochaban en la capital las ganancias de la última zafra. Aparte de los salones de "pocker," en Itúrbide, en Verdi, en el Jardín y en otros sitios grupos de muchachas billaristas jugaban diariamente al "coin" francés, y comencé á apostar con espíritu especulativo, conformándome con ganar poco todos los días. Mi digno compañero estaba dado á todos los diablos, porque aquella picazón que hacía un mes lo mortificaba se le había pasado á las asentaderas, sobre las que empezó él un nuevo y furibundo rasgueo.

—Pero chico, consulta un médico.—le decía yo.

—¡Qué médico ni qué peronates! Si ya se me estaba quitando esto y ahora vuelve....

Habíamos tenido noticias de que existía un lupanar de gran importancia, que no conocíamos; y una noche, á tientas, fuimos á dar á la Puerta Falsa de Santo Domingo, donde estaba instalado el lujoso "establecimiento," en un barrio "honrado," contraviniendo todas las disposiciones sobre la zona de lenocinio, como "nuestro Animas treinta y dos." Nos recibieron mujeres francesas y anglosajonas, que nos hicieron gastar diez pesos en dos medios litros de champagne.

A la noche siguiente Pedro me dijo:

—¿Vamos á la Puerta Falsa de Santo Domingo?

—¡No friegues! ¿Para que nos hagan pagar el champagne?

—No te ocupes de eso; la francesita con quien estuve platicando anoche me dijo que vol-

viera. Creo que le he resultado á la mujer en francés.

—Bueno, pues que te aproveche; yo prefiero ir á dar una vuelta por los billares.

—Bueno, es temprano; vamos á echar unas carambolas primero.

Pero luego de las carambolas tuvo que irse solo, porque yo me quedé en el "coin" para apostar. Días después Pedro me decía:

—¡Gran hombre! ¡Mignon, la francesita, quiere "estar" conmigo! Es ya cosa decidida.

—Oye, ¿y María "la Prieta?"

—Buena, gracias.

Empecé, pues, á frecuentar la Puerta Falsa, donde tenía que ir á buscar á Pedro, cuando quería hallarlo. Allí hicimos amistad con dos distinguidos "padrotes" mexicanos: Verdín, que era originalísimo, porque en su estado perenne de borracho consuetudinario, dulce, tranquilo, decía y hacía las cosas más audaces. Eran pálidos, al lado de los de Verdín, esos chistes en que se nos revela la característica mexicana, cuando dos individuos, con sendos puñales en la mano, se baten tranquilamente:

—¡Andele, valedor, pinche usted primero!

—¿Pero no sabe usted que si le mato voy á asustarme luego de su calavera? ¡Pinche usted!

Y cuando uno de ellos cae al suelo con el vientre destrozado por una cuchillada, el otro se aleja guardando el arma, diciendo sosegadamente:

—¡Chin... chorro! ¡Ya lo lastimé!

Guzmán, el compañero de Verdín, había sido procesado porque mató una ramera, de un puntapié en el bajo vientre; pero habia evadido el castigo á fuerza de billetes de Banco, y ambos

tenían sus queridas en la Puerta Falsa. El primer excelente consejo que recibimos de Verdín fué el de buscar un preservativo contra el frío y las pulmonías en el uso de la tequila, un licor barato y blanco como la ginebra, pero tan fuerte que los mexicanos, para tomarlo, introducen primero en la boca una rodajita de limón impregnada de sal, que produce cierta anestesia en las glándulas gustativas de la lengua y permite paladear entonces aquella atroz bebida, que nos gustó mucho.

De nuestro cónclave, yo era el único que dormía solo: andaba detrás de una combinación para ganar "al segurete" en el "coin" francés, y esto me parecía más importante que "echarme" una mujer en la Puerta Falsa, no obstante las prerrogativas de que disfrutaban las pupilas de aquella casa, sin otra obligación que pagar su pupilaje y pasear en carretela por Plateros, para lucir sus lujosas "toilettes" entre la aristocracia mexicana y acreditar el "establecimiento."

Quizás no acerté. Cuando Pedro vió que Mignon empezó, según dijo Verdín, á pasarle "los alimentos," esto es, á deslizarle diariamente en el bolsillo un billete de diez duros, me dijo que había agarrado el cielo con las manos. Pero, desgraciadamente, las manos de Pedro estaban harto ocupadas en rascarle las asentaderas; aquella oculta dolencia tomó tal incremento, que fuimos á ver un compatriota médico. Y el doctor Antigas, no bien lo examinó le dijo:

—¡Compadre! ¿Cómo ha dejado usted eso así? Lo que usted tiene es sarna.

Mi noble amigo por poco llora de rabia. ¡El, sarnoso! Aquella frase debió aparecérsele fulgen-

te como el apocalíptico aviso de la destrucción de Babilonia, en pleno festín baltasariano. Le recetaron un ungüento con base de azufre, y comenzó á darse unturas. El infeliz berreaba y me pedía el rewólver para pegarse un tiro; pero terminada la cura se bañaba cuidadosamente, gastaba media caja de Moika empolvándose el sitio adoloridó y se iba á visitar sus dos queridas con las asentaderas en carnaval. Un día se me apareció con la cara ensangrentada, llena de arañazos. Lancé un ajo y ví, estupefacto, que se reía.

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada, anoche, en el teatro "Mignon." Figúrate que desde por la tarde, María estaba empeñada en que la llevara al baile, pero como Mignon quería lo mismo, ¿qué hago? Me llevo "la Prieta" á cenar á la "Maison Dorée," la emborracho, y la dejo acostada en su casa. Pero cuando estaba en el baile, más descuidado, con mi francesita, se aparece la otra, se me tira encima, y mira como me ha puesto.

Se rió con su fisonomía de careta apabullada, y continuó:

—¡Ah, chico, si tú ves cómo corrió la francesita cuando María sacó una navaja, te mueres de risa; tuve que sujetarla y quitarle la navaja, pero siempre me arañó; y aunque vinieron los gendarmes conseguí que no la "cargaran;" la metí en un coche, la llevé á la casa, me encerré con ella y... ¡le dí una mano de "piñas"! Después de todo me pesa, porque la pobre lo ha hecho porque me quiere.

Estuvo tres días sin salir al sereno, con la geta embadurnada. Mignon le escribió dos cartas deliciosas, chapurreando el castellano, y por fin

vino á verlo, en una lujosa carretela que llamó la atención en el tranquilo barrio. Antonio nos regañó dulcemente cuando supo que la dueña de la casa había fruncido el ceño por aquella visita, á pesar del descaro con que Pedro pretendió hacerle creer que Mignon era pariente suya.

VIII

México se había engalanado. Era el 16 de Septiembre, la fiesta nacional, y la urbe, iluminada "á giorno" en los barrios centrales, esperaba ansiosa la solemnidad oficial. Miles de almas congregadas en el Zócalo, con los ojos fijos en el palacio del presidente de la República, aguardaban el momento en que D. Porfirio Díaz, saliendo al balcón, felicitaría al pueblo en nombre de la República y tocaría con su propia mano "la campana de Dolores," empotrada en el frontis del palacio; la histórica campana en que repicó el cura Hidalgo, llamando á la revolución y á la libertad.

Luego, aquel pueblo, frenético, se desbordó por las calles, y, bajo la "tolerancia" oficial, asaltó las pulquerías, cantinas y cafés, donde la embriaguez alcohólico-patriótica hacía renacer en la multitud inconsciente el pasado odio á la nación opresora. Y se oia gritar por doquiera, con el dejo característico, "¡viva México!" "¡mueran los gachupines!" (los españoles) como gritamos nosotros, como gritan todos los pueblos, acéfalos que se creen patriotas porque no les ha nacido aun la cabeza que ha de comprender que "el amor á la propia patria es el odio á la patria de los demás." Pedro estaba, desde temprano, regodeándose en la Puerta Falsa, y yo, aburrido de vagar

por las calles, llenas de grupos apestosos á pulque, determiné irme á dormir, y á ese efecto compré una botella de tequila, pues mi mal humor era hijo de un fuerte constipado, y la atroz bebida me producía relativo bienestar.

Me acoste, á las doce, y desde el lecho continuaba oyendo el sordo rumor del pueblo beodo; hice vanos esfuerzos por conciliar el sueño, y por un momento tuve la idea de volver á vestirme, de largarme á la calle, emborracharme y ser feliz como toda aquella gente.... algo me faltaba, y de pronto hice un gesto expresivo con el índice derecho, como si lo hubiera hallado. Acababa de acordarme de Georgina, la sirviente que nos traía el desayuno y limpiaba la habitación.

Sabía que dormia sobre un petate, en un rincón de la amplia cocina de la casa. Miré mi reloj, que marcaba la una, y me puse un saco de casimir, y una gorra, desdeñando ponerme pantalones, y con un cigarro encendido en la boca salí al corredor que conducía á la cocina, en el cuerpo alto del edificio. El silencio de la casa dormida y la majestad de la noche estrellada me produjeron singular impresión; me acordé de mi suelo y de mis deudos, que dormirían tranquilos bajo aquellas mismas estrellas, mientras yo me disponía á cometer una mala acción. Pero aquella ráfaga pasó; yo no tenía sueño, no podía dormir, y Georgina, con diez y seis años, dulces los ojos y blanquísimos los dientes, estaba all, detras de aquella puerta de cristales, que hallé cerrada, pero este primer obstáculo no hizo más que afianzar mi resolución. Me agaché, introduje los dedos por el quicio de la puerta, y después de cautelosas tentativas hice subir el pestillo inferior, que era el

único echado; la puerta cedió y me colé, espantado por el chillido de los goznes, monumentalizado en el silencio de la noche; quedé inmóvil un momento, como esperando la señal de alarma; pero nada se oía, y, calculando el sitio en que dormía Georgina, me puse á caminar á gatas, riéndome interiormente de la figura que hacía para el que hubiera podido verme. Tropecé con algo, extendí un brazo y toqué un bulto.

—¿Quién anda ahí?

—¡Chist, cállate, Georgina! Soy yo.

—¡Pues quien es usted y qué sucede!

—Nada; yo soy uno de los cubanos, el que habla siempre contigo, el más simpático, (¡!) ¿pero cómo estás acostada que no sé lo que toco?

—¡Suelte usted! ¡Váyese de aquí! ¿Qué busca usted, señor?

—Habla bajito, Georgina... Anda, déjame acostarme aquí á tu lado....

—¡Andele, usted es un lépero! ¡Quisiera saber quién es usted!

—Bueno, mañana, cuando nos lleves el desayuno, yo te haré un guiño con los ojos, para que me conozcas.

—¿Pues qué? Suélteme usted, mire que grito, señor... ¡Yo no sé quién es usted!

—Hombre, qué testaruda eres; ¿quieres que encienda una cerilla para que me veas la cara?

—Pues ándele, señor, encienda usted.

Rayé un fósforo y, no obstante apagarlo enseguida, ví que Georgina, al mirarme, metía precipitadamente la cabeza bajo el rebozo con que se cubría, como un pájaro que la esconde bajo el ala. Me eché á su lado, sobre el petate, diciendole:

—Tápame, que tengo frío...

—¡Váyese usted! ¡váyese usted!

—No seas boba, Georgina... ¿no comprendes que estoy enamorado de tí, que te quiero?

—¡Andele... lépero! Usted no puede quererme á mí; es un señorito muy catrín [elegante] y yo una pobre pelada... ¡suélteme, señor!

—No, ya verás que sí te quiero.

Había conseguido agarrarla bien y ella apretó los muslos con fuerza, pero se calló la boca; tropecé con su rostro y le dí un beso, sintiendo que volvía á esconder la cabeza bajo el rebozo; se estremecía á mi contacto y me dijo con acento suplicante:

—Pues no quiero, señor, no quiero; usted va á hacerme un "chamaco" y luego me abandona.

Yo ignoraba que "chamaco" quería decir hijo, ó niño, pero lo adiviné, y traté de convencerla que aquello no sucedería. Dejó de defenderse, pero su pasividad calmó mis ardores; me levanté, para retirarme, cuando la pobrecilla me dijo, tratando de retenerme:

—¿Ya se marcha, verdad? ¡Ah, qué ordinario es usted!

No la hice caso, y volví á mi habitación como vuelve las espaldas la bestia en celo, satisfecha.

IX

Aquella existencia disparatada no nos dejaba un minuto de reflexión para detenernos en la pendiente. El juego, que había empezado favoreciéndome, absorbía toda mi atención; Pedro también jugaba, porque mi contínua permanencia en los billares había concluído por atraerlo á ellos; pero siempre perdía, mientras yo, más calculador, me

conformaba con sacar un modesto "diario" del "coin" francés, jugando á la dobladilla, á las dos billaristas más fuertes de las tres que combatían. Y ganaba, regularmente, tres ó cuatro pesos en dos horas, aunque cuando me echaban "una llave" tenía que pasarme la noche en el billar, para recuperar mi dinero. A Pedro le parecía estúpida mi combinación, que solo nos aseguraba la diaria comida; y me decía:

—Gran hombre, eres un "berraco." ¿Qué hacemos nosotros con un par de pesos? Hay que jugar duro, y al "pocker," déjate de más billaristas.

Afortunadamente, yo no le hacía caso, aunque no tardó en volver á enseñarnos su faz triste la escasez de dinero, que aún no lograba asustarnos. Mi noble amigo tenía clavada entre ceja y ceja la idea de ir á Puebla de los Angeles, desde que le habían dicho que las cicatrices de la sarna solo desaparecían propinándose dos docenas de baños sulfurosos al pie del Popocatepel; y me consultaba la manera de obtener de Mignon la cantidad necesaria para aquel viaje, cosa que creía difícil, pues me confesaba que la francesita se estaba enfriando con él. Entonces, en mi carácter de mentor aristotélico de aquel Alejandro conquistador de "congales," fuí á ver á Mignon y le expuse, en primer término, que Pedro ignoraba el paso que yo daba; y seguidamente hice dulces reflexiones á la "hetaira" para que prestara á su amante aquel servicio, sin confundirnos con esos indecentes explotadores de mujeres á nosotros, "hijos de buena familia que cometíamos las locuras propias de la edad."

La francesita, que no había descubierto aún la dolencia de Pedro á pesar de su intimidad con

él, estaba realmente fría y sospechadora, pero tenía buen corazón, y al día siguiente mi digno compañero recibía de ella la cantidad necesaria para el viaje. Me dió un abrazo, y un puntapié á los botes de ungüento de azufre, tomando incontinenti el ferrocarril para Puebla.

Estuvo ausente diez y ocho días. Una noche gané sesenta pesos al "pocker," y, luego de desempeñar el abrigo pensé trasladarme á Puebla si al día siguiente no tenía noticias de Pedro; pero mi digno compañero regresó aquella mañana, completamente sano. Y no hizo más que llegar, y Mignon romper con él. Era otra puerta que se cerraba; su viudez completa; pero él, impertérrito, me dijo:

—Ni te ocupes; ¿te acuerdas de María Luisa, la de Gloria tres? Tu sabes que no estuvo conmigo porque nos embarcábamos; pues ayer la he visto en coche, y donde la encuentre "le fajo."

Así sucedió, pero María Luisa estuvo con él unos días, porque se hallaba "contratada" para Mérida, á donde se largó. La suerte en el juego comenzó á sernos adversa, y empezamos á hacer una serie de operaciones asombrosas, negociando nuestras boletas de empeños. Se iniciaba, para ambos, la bohemia que habíamos soñado. Todos los días, al echarnos á la calle con las postreras elegancias de nuestro equipaje, nos planteábamos, alegres y decididos, el problema de una comida suculenta. Nos levantábamos á las dos ó las tres de la tarde, y mirábamos, á través de los cristales empapados por el frio del cielo sin sol, la tranquila calle de Puente Quebrado, con sus pulquerías, tendajones, cajones de ropa y tiendas de abarrotes. En la casa se nos servía el desa-

yuno; nos lo traía Georgina; la pobre niña, á pesar de mi conducta, no alzaba los ojos del suelo al presentarnos dos tazones de rico café con leche acompañados de panecillos trenzados, y bromeábamos mucho con ella, porque era cándida en todo lo que podía pedirse á aquella criatura abandonada á su suerte. Oía nuestras ocurrencias con un espanto que nos divertía y tenia rasgos de una inocencia dolorosa. Pedro tuvo la malignidad de decirle, un día, que cada vez que yo dormía con una mujer le hacía por lo menos tres "chamacos," y la pobrecilla se echó á llorar, costándonos trabajo convencerla de que aquello era una broma, y consolarla.

—Pues es muy lépero, señor... ¿porqué me hace guaje?

Me cobró cariño, verdadero amor que la condujo, más tarde. á sacrificarse por mí. Luego detomado el desayuno, si no teníamos dinero suficiente, nos íbamos á "La Fama Italiana." Allí, como en los "baar-roomns" de New York, íbamos á la barra, y allí almorzábamos enormes sanwichs mediante el pago de una copa de cerveza.

Uno de aquellos días malos, en que solo habíamos almorzado los consabidos sanwichs y el frío me había empujado hacia la habitación, al atardecer, llegó Pedro, preguntándome si tenía dinero.

—No tengo un centavo.

—¿Y filosofas aquí metido?

—No; espero á Georgina, que me ha prometido conseguirme un peso; debe haber ido á pedirlo prestado por ahí: si lo trae, con eso cenaremos.

—Entonces, estamos salvados.

Y canturreando, feliz, se asomó al balcón, para hacer guiños á dos vecinitas que desde la casa de enfrente siempre nos miraban con curiosidad, tal vez presintiendo los placeres y misterios de nuestra vida de jovenes elegantes, que no trabajábamos. Después de algunas piruetas, Pedro se volvió para decirme:

—¿No tendré yo la suerte de gustarle en México á una mujer rica? Esas de ahí enfrente deben tener "harina."

—Pero nosotros no tenemos ni qué cenar.

—¿Y qué? Eso no lo van á saber ellas.

—Quizás nos convendría, tal vez se conmoverían, y junto con su cariño podrían enviarnos algo substancioso. ¿Vamos á hacer la prueba?

—¡No friegues! ¡Estaría bueno!

—¿Y qué? Somos bohemios, no mendigos; tenemos tres ó cuatro profesiones entre los dos y tú amas la pintura como yo las letras; somos artistas, y las mujeres siempre son sensibles al arte, aunque sea mientras llega el dinero. Ahora verás.

Busqué un gran pedazo de papel blanco, y con un pincel de acuarela tracé en gruesos caracteres: "Os adoramos, pero no tenemos qué cenar." Pedro, riendo, me ayudó á sostenerlo, frente al balcón, de modo que pudieran leerlo las vecinitas, que observaron nuestro manejo, pero que al leer el cartel nos miraron de reojo, y comenzaron á cuchichear misteriosamente. Entonces nos pusimos á cantar, á grito pelado, los retazos que guardábamos de Puccini:

"Oh Mimí, tu piu." "Oh suave fanciulla!"

Y Georgina, la humilde fancirella, nos encontró en aquella demencia que atronaba la casa. La pobre niña me traía las 4 pesetas fuertes.

X

Llegó el mes de Noviembre y Georgina me dijo un medio día, al traernos el desayuno:

—Señor, á ver si olvida hoy traerme "mi muerto."

—¡Cómo! ¿Traerte "tu muerto?"

—Andele pues, ¿por qué no? Les hay baratitos....

—Pero, hija mía, yo no pienso ir al cementerio....

—¿De veritas? Usted siempre me hace guaje. Mérqueme un muerto en la confitería... no llevará frío con ello.

Luego comprendí de qué se trataba; desde la aproximación del día de difuntos, las lujosas confiterías habían ido llenando sus vitrinas de ciertos dulces de pasta blanca, que afectaban la forma de calaveras, tibias cruzadas, fémures, vértebras, etc. Se podía seguir en las dulcerías un curso completo de anatomía del esqueleto humano... azucarado, y para complacerla, empeñé la poca ropa interior, de verano, que me quedaba, y llevé á Georgina, de la Dulcería de Morelos, un hermoso cráneo de azucar cristalizada, que seguramente engulliría la muy caníbal.

Una tarde cayó una granizada furiosa que cubrió las aceras de las calles y las cornisas de los edificios de montículos blancos, como un derrame colosal de refresco de guanábana sobre la ciudad. Era el invierno que se declaraba, y el aire comenzó á acuchillarnos los labios. Pero nuestro buen humor era inagotable; Pedro y yo habíamos engordado prodigiosamente, y expandíamos el pe-

cho, desafiando las pulmonías, cuando por las madrugadas salíamos de las casas de juego, con un puro en la boca, tratando de convencernos de que nuestros abrigos empeñados no eran tan necesarios. Pero nos habíamos hecho más caseros. El frío nos hacía levantar más tarde, y Georgina tenía que llamarnos repetidas veces:

—Señor,—decía, sacudiéndome—"a h o r a" será tarde, "ahorita" son las cuatro.

("Ahora" significaba dentro de un rato y "ahorita" inmediatamente, en el momento.)

Yo refunfuñaba, asomando la nariz bajo la frazada, para mirar al lecho donde Pedro roncaba. Y Georgina proseguía, tirándome de los pies:

—¿Por qué duerme tanto, señor? ¡Qué apestoso es usted!

Entonces yo sacaba la cabeza, y le decía hecho "una fiera:"

—¡Te tengo advertido que no me digas apestoso! ¿Es que te crees que no me baño porque hace frío? Para eso están las duchas de El Harem.

—Andele pues... y se enfada conmigo...

Era lo suficiente para que se le saltaran las lágrimas; y yo, conmovido, la consolaba:

—No llores, hija mía, no seas boba; yo te quiero mucho, no estoy enfadado contigo, pero no me digas apestoso, porque eso es feo, no me gusta.

—¿Pues es malo, señor? Apestoso es el que duerme mucho... no le diré más dormilón...

—¡Acabáramos! Ahora te entiendo, hija; ¡qué sinonimia más rara se gastan en México! Hay que mandar al diablo la etimología de las lenguas.

Y después de tan filosófica reflexión, volvía

á quedarme dormido. En cambio, las bromas que usábamos con ella, nos divertían. Una palabra malsonante la disgustaba mucho, pero Pedro las rebuscaba en nuestro "argot" criollo, y las mezclaba en la conversación, mientras ella, con sus ojazos dulces y la boquita abierta como un signo inimitable de ignorante admiración, lo oía sin comprenderlo. Mi digno compañero se tiraba sobre el lecho, para reir á sus anchas, y ella volvía hacia mí su mirada clara y honda, como demandándome la explicación de aquel enigma, de aquellas risas. Entonces yo le decía algo al oído y la veíamos entristecerse y decirnos dolorosamente:

—Ustedes no me consideran porque soy una pobre pelada; pero á mí no me gusta eso, yo no soy una "pípila."

Y llegó á ser, para castigo de nuestras despreciables bromas, el mayor afecto que nos quedara. Tuvimos que amarla y respetarla cuando su generosidad para con ambos fué tan grande como el amor que particularmente me profesaba.

Debíamos á los chinos lavanderos unos veinte pesos. Por lo regular siempre iban dos de ellos á buscar y traernos la ropa, semanalmente, y se limitaban á preguntarnos:

—¿Hoy no paga? ¿No tiene "dinelo pa m"í?

Yo cogía la guitarra que poseía y rasgueaba un acompañamiento, mientras Pedro comenzaba á bailar una rumba. Y los chinos se reían, oyéndonos decir que les pagaríamos cuando nos llegase dinero de la Habana.

—"La bana, la bana... Uté son glacioso, pelo no paga."

Indudablemente, eso de quedar "engañado

como un chino" tiene su límite allá por los veinte pesos, porque, ya "en la tea incendiaria," Georgina empezó á lavarnos la ropa, menos los cuellos y los puños, y la generosa niña se consideraba feliz con ello, aunque rara vez la diéramos para avíos. Y un mediodía dormíamos aun á pierna suelta cuando Georgina me sacudió, diciéndome:

—Señor, le procuran "ahorita."

—¿A mí? ¿Quién?

—Son los chinos lavanderos, con un señor.

Pedro, que se había despertado, me aconsejó que los mandara bastante lejos, y dije á Georgina:

—Díles que estamos durmiendo y que tú no te atreves á despertarnos; que vuelvan otro día.

Unos minutos después volvía Georgina con una tarjeta en las manos. La cogí, y al leer: "Reginaldo de la Ampolla, licenciado en Derecho," me tiré de la cama riendo como un loco.

—¡Pedro, mira esto, chico! Los chinos vienen con un abogado, con el licenciado Ampolla!

—¡No friegues! ¿Ampolla?

—Sí; esto va á estar "divino," vamos á recibirlos; es decir, puesto que es á mí á quien procuran, tú quédate acostado, hazte el dormido. Vamos á hacer una escena de Paul de Kock.

Me puse un levitón de Antonio que me llegaba á los tobillos, lo abroché cuidadosamente, abrí las hojas del balcón para que entrara luz por los cristales, preparé sillas y mandé pasar á los visitantes. El licenciado Ampolla hizo su aparición, con el bombín en la mano, seguido de los chinos, que se colocaron á un lado, silenciosamente. Era un hombre bajito, rechoncho, vestido con un pantalón claro y un chaquet negro, de cola de pato; tenía cara de pájaro. A mi indica-

ción, tomó asiento haciéndome una cortés reverencia, y me largó, recitado, este "speechs:"

—Pido mil perdones al señor por la inoportunidad de mi visita. "Estoy llegando" en representación de estos dignos industriales, para reclamar, por la vía legal, la cantidad que se les adeuda en concepto de lavado de ropas, y espero que arreglemos este asunto amistosamente. Es preferible arreglarlo amistosamente, caballero.

—Mire usted, señor licenciado: este asunto no tiene más arreglo que el de esperar estos señores, pacientemente, el pago de una deuda que desde luego reconozco, pero que no estoy en condiciones de satisfacer hoy; si con ello no están conformes, son muy dueños de recurrir á la vía legal, donde probaré mi insolvencia; pero usted debe saber mejor que yo que estos asuntos de crédito privado, que llamamos vulgarmente fiar, son simples contratos de confianza entre ambas partes.

—¡Pues quién sabe, señor! Estos laboriosos industriales, á quienes se adeuda la cantidad de cuarenta pesos en moneda del país....

—¡Cuarenta pesos!—exclamó Pedro de improviso, sin moverse bajo la frazada.

El licenciado, que estaba de espaldas á ese sitio, se volvió azorado, conteniendo el bombín que se le escapaba de las manos.

—Es mi hermano, que sueña en voz alta,—dije yo tratando de contener la risa.

A todo esto, Pedro, en calzoncillos, sin respeto al foro mexicano, se tiró de la cama, increpando á los lavanderos, con el puño cerrado.

—¡Cuarenta pesos!—repitió—¿Tú oyes eso, Luis? ¿Le debemos eso á esta gente?

—Precisamente la mitad; se conoce que vienen de mala fe y que nos quieren embrollar.

—Bueno, pues ahora no se les paga aunque haya dinero. Ya lo saben... ¡se acabó! y que tiren por donde les dé la gana.

Los chinos comenzaron á hablar con animación, en su idioma; pero nosotros, naturalmente, ¡como si hablaran en chino! Y el licenciado Ampolla, disgustadísimo de ver á Pedro pasearse por la habitación, en paños menores, haciendo caso omiso de las más elementales fórmulas sociales, determinó largarse y se despidió con un:

—Pasarlo bien, señores; procederemos por la vía legal.

Y ya en la puerta, Pedro masculló:

—Proceda por "la vía del Interoceánico."

Que es, en México, una metáfora obscena; y me hizo replicarle:

—No metas la pata, chico; mira que es un abogado.

—¡Mira que llamarse Ampolla!

—¿Y qué? Acuérdate del proverbio francés.

XI

Llegó Diciembre, y con él nuestros mayores apuros. Cada día era más dificultoso el problema de la cena, como se dice en México á la comida que no es almuerzo. Una tarde solo teníamos sesenta y cinco centavos; el frío nos mordía las carnes, y nos metimos en nuestra habitación, pensando adelantar extraordinariamente la hora de la cena, cualquiera que esta fuese. Georgina, á quien hallamos en la escalera, nos había dicho:

—No puedo platicar tantito; voy ocupada porque la señora irá esta noche al teatro.

Entonces tuve una idea.

—Oye, Pedro: ¿no te parece mejor que con estas tres pesetas, aprovechando que la señora va al teatro, compremos en una carnicería dos buenos "bistecks" que con cuatro huevos y pan harán una comida substanciosa? Georgina nos la cocinará.

—Pero ¿á qué hora? Este maldito frío da un apetito feroz.

—Enseguida, chico; ya son las seis y tú sabes que aquí los teatros se abren al obscurecer.

—Sí, el Principal da cuatro tandas.

Ya de acuerdo volvimos á bajar las escaleras y realizamos las compras. Nos quedaban quince centavos y Pedro se empeñó en comprar medio litro de pulque, aunque yo le tenía horror á aquella bebida lechosa y hedionda. Y cuando retornamos á nuestra morada, cargados de paquetes, Georgina acudió á mi llamamiento, diciéndome:

—La señora ya no va al teatro.

—¡Pues qué sucedió!

—Han variado el programa.

Y al observar nuestras provisiones, que habíamos colocado sobre una mesilla, exclamó con cierto asombro compasivo:

—¡Pues cómo señor! ¿No han cenado aun?

—Traíamos esto para que tú nos lo cocinaras.

—Pues ándele señor, yo soy gustosa en servirles.

Ya sabíamos que la angelical criatura lo haría con gusto; pero era el caso que la semana anterior la señora nos había llamado á capítulo respecto á los alquileres retrasados, y no me parecía prudente darle aquella muestra de que estábamos en "la tea brava."

—Es una fatalidad, Pedro, que la dueña de la casa se entere de que ya no tenemos ni qué comer.

—¿Cómo que no tenemos? Deliras, filósofo, pierdes la chaveta. ¿No ves qué fresca y qué roja es esta carne? Es puritito filete, no lleva nada de palomilla.

—Bueno, Georgina: enseña esto á la señora y pídele, en nombre nuestro, permiso para cocinarlo. Vuelve enseguida á contarnos lo que te responda.

No tardó en regresar, contentísima, diciéndonos que la señora lo permitía. Para entretener el hambre, cogí la guitarra, la afiné cuidadosamente, y poseído de esa extraña tristeza que nos hace cantar algunas veces algo en que ponemos toda la dulzura de nuestros recuerdos, todo el perfume de nuestras ilusiones, mi voz vibró sobre la armonía trémula de las cuerdas de acero, saturada de un sentimiento indefinible como el encanto crepuscular de la tarde que moría:

"Ave María, gratia plena, dóminus tecum"

Y al lanzar la última nota, el "Amén" grave, sostenido, la cabeza de la señora, de la dueña de la casa, asomó á nuestra puerta.

—¡Qué maravillosamente bello es lo que ha cantado usted! Le estuve escuchando completamente encantada.

Nos habíamos levantado, para hacerle una reverencia, y repuse:

—Sí, señora; bien cantado es muy bello el "Ave María" de Gounod.

—¡El "Ave María!" Bien pensaba yo que semejaba algo del Cielo, como si bajaran ángeles y serafines en esa melodía tan dulce, tan.... ¿usted

tendría la amabilidad de cantar otra vez ese "Ave María?"

—Con muchísimo gusto, pero sintiendo no poder hacerlo bastante bien, ya que usted se digna oirme.

—Deseche tal idea de modestia; yo le escucho completamente encantada.

Y canté otra vez: "Salve, María. Ora pro nobis, nobis pecatóribus...." La señora había tomado asiento junto á mí y sonreía inefablemente cuando apareció Georgina con los bistectk, huérfanos de patatas, y los huevos fritos. Para disimular la inexpresable vergüenza de que nos sentimos poseídos, comenzamos á arreglar la mesa, quejándonos del frío. La señora, luego de rehusar nuestra cortés invitación, abandonó la estancia. Georgina nos ofreció "refritos."

—¿Refritos? ¡Andale pues, valedora!

Y cuando la generosa niña volvió con un gran plato de aquellos frijoles "refritos" que tanto nos gustaban, á riesgo de derramarlos, la dí un abrazo.

—Señor, ¿por qué es tan loco? ¿Qué sucedió?

—Nada, chulísima, que te abrazo. ¿No puedo yo hacerlo?

Ella miró á Pedro, como reconviniéndome.

—No seas boba, Pedro es mi hermano. Anda, siéntate á cenar con nosotros.

La pobrecilla rehusó, sonriendo con graciosa humildad. ¡Eramos muy catrines! De pronto oyó la voz de la señora, que la llamaba, y salió disparada; nosotros ya engullíamos como dos leones cuando reapareció con una botella de vino, obsequio de la señora, que nos enterneció porque no lo merecíamos. Bebimos á su salud.

—¡Buen vino, filósofo!

—Sí; no es precisamente "Lácrima Christi," pero puede llamarse "Ave María."

XII

El frío nos abofeteaba en las calles y el hambre nos empujaba á la casa, á discutir con Georgina un menú al alcance de nuestros fondos. La pobre niña me decía, mirándome con aquellos ojazos dulces:

—Señor, ¿por qué no trabaja?

—Va á ser preciso, hija mía.

Había adquirido más confianza conmigo, y ya no se me entregaba pasivamente; ahora me "chiqueba" en su "caló" pintoresco; me decía su chulo, (su lindo) su "leperote," su "padrotote." Los "otes" son allí tan cariñosos como nuestros "papaíto" y "mamaíta," (sics.) Un día me dió una noticia estupenda, me dijo que le había hecho un "chamaco." Y aquello, tan natural, me parecía increíble, como si el sentimiento de la futura paternidad estuviese en mí, en aquella época, al mismo nivel que debe hallarse en un asno.

Cierta noche nos quedábamos sin cenar. Pedro, acostado, leía, filosóficamente, algunos números de "Blanco y Negro," y yo, aunque el hambre no nos atormentaba mucho, tomé el sombrero y salí, prometiendo á Pedro volver enseguida. Ya en la calle, caminé sin rumbo fijo; eran las doce de la noche, y maquinalmente llegué al Salón Verdi, penetrando en los billares, colmados de un público trasnochador. La voz del coime resonaba contínua y sonoramente, indicando la demanda que obtenían los boletos, antes de cerrarse la partida:

—¡Veinte blancos! ¡Treinta y dos colorados! ¡Nueve verdes!

Este último color, lo ostentaba con un lazo en el pecho una billarista feucha y delgada, y las poseedoras del rojo y del blanco eran dos espléndidas hembras, rodeadas de adoradores, envueltas en un vaho de lascivia que despedían los resuellos de tantas bocas alcoholizadas. Y observé que la notable diferencia en la demanda del color rojo obedecía á que un mexicano ricacho y botarate venía tomando veinte boletos rojos cada partida, mientras hacía el amor á esa billarista preferida y le daba notoriedad en el público apostador. Yo no soy supersticioso en el juego; pero eterno soñador, idealista en ese materialismo filosófico que adrede confunden con el materialismo sensual, groseramente epicúreo, los farsantes del ascetismo, los místicos y platónicos, miré á la humilde y flacucha billarista, y comprendí que la anonadaba su cretinismo al lado de sus dos compañeras que al inclinarse sobre la mesa de billar mostraban al público el contorno poderoso de sus ancas soberbias, como las yeguas jóvenes y bien alimentadas. Y tuve la presciencia de un triunfo inaudito: el triunfo de la fea sobre las hermosas batiendo sus alas impalpables sobre la victoria vulgarísima del color menos cargado sobre los otros. Miré con lástima despreciativa á los que seguían pidiendo boletos blancos y rojos, mientras el coime gritaba:

—¡Cuarenta y dos colorados! ¡Veinte y seis blancos! ¡Quince verdes! ¿Nadie más, señores? Voy á darlo por hecho.—Y pronunció la palabra sacramental:—¡Hecho!

Mientras se recogía el dinero y se cepillaba

el verde paño, el coime, cubano, amigo nuestro, acertó á pasar por mi lado y le dije:

—Oye, va á ganar la verde.

—¡Ca! ¿Sabes como están Isabelita y Mercedes esta noche? ¡Hechas unos rifles!

Comenzó aquella partida de coin francés, en medio de general espectación. Isabelita, el rojo, avanza hasta la mesa, taco en ristre, tira, y empuja el mingo bastante bien. Los tenedores de su color se conocieron en un movimiento de cabezas, mirándose unos á otros con satisfacción. A la segunda tirada Isabelita pifió y á la tercera dejó la bola tan lejos del coin, que podía darse por perdida; pero la joven volvió á su sitio con la airosa cabeza levantada, como desafiando con su belleza soberana el disgusto del público perdidoso.

El blanco, Mercedes, (cubana) llegó reposadamente, miró sonriendo las colmadas graderías, y jugó mejor que el rojo, pero no metió la bola en el triángulo imaginario; había, pues, perdido el rojo, y el verde era temible en realidad. La billarista menospreciada avanzó al centro de la sala y, mientras con la frente inclinada entizaba el taco, reinó sobre el hacinamiento de gentes ese silencio ansioso de las grandes emociones del tapete verde. Luegó jugó, y ganó, ese color, proclamado entre la algazara que apagaba al pasacalle que comenzaban á ejecutar las "señoritas mandolinistas."

El coime se me acercó:

—¡Lo "trabaste," chico!

Y se quedó con la boca abierta cuando le dije que estaba tan "bruja" que no había cenado.

—Chico, yo también estoy sin un centavo, pero... ¿quieres un sandwichs?

—Uno, no: dos.

—Bueno, dos; párate en aquel pasillo, y cuando las billaristas me pidan algo, yo los cogeré de la cantina, como si fueran para ellas.

Y así fué: como las billaristas y mandolinistas tenían derecho á comer y beber "ad líbitum" en la cantina del establecimiento, atrapé, al paso de una bandeja de copas de cerveza que llevaba mi compatriota, dos "bistecks" á la milanesa, fiambres, con dos panecillos, y salí disparado para casa. Pedro, al verme llegar, me preguntó:

—¿Has conseguido algo?

Y le repuse tranquilamente:

—He ganado dos boletos verdes.

XIII

Georgina estaba en cinta, no me cabía ya duda, y aquello era el colmo, después que los "Ave Marías" habían ablandado el corazón de la señora, dispuesta á esperar santamente que le pagáramos cuando pudiéramos. Volví en mí.

—Pedro, vámonos.

—¿A dónde?

—A la Habana; basta de locura; he embarazado á Georgina, nos podemos ver sin techo de un momento á otro, y eso me parece ya un poco fuerte para ensayo de bohemia. Además, yo no debo abandonar á esa pobre criatura en este trance, si la echan á la calle, y en la Habana puedo procurarme recursos para atenderla, mientras que aquí ni tú ni yo "doblaremos el lomo."

—A la verdad, que sería "una vaina" ponernos á ganar aquí un sueldo en plata mexicana. ¿Vamos al consulado á ver si nos embarcan?

Al día siguiente fuimos al "Hotel Reforma," donde ondeaba nuestra bandera. Pedro vió al mi-

nistro, quien lo citó para el siguiente día; aquel, nuestra comida fué pan y jamón del diablo, que merendamos bajo la estatua de Colón. Y al recogernos, dije á Georgina:

—Hija mía, de un momento á otro nos vamos para la Habana; no tengas por eso cuidado; guarda bien este papel, donde está mi dirección; yo te escribiré enseguida mandándote dinero, y aunque no tuviéramos un hijo no te abandonaré, porque has sido muy buena con nosotros y sería una infamia portarnos ingratos contigo.

Acordamos ocultar nuestra vergonzosa huída. Antonio, como se habrá comprendido, hacía tiempo que dejara la habitación, porque había quedado cesante y no quiso afrontar los compromisos que preveía cumpliríamos tan mal, en aquella casa en que la generosidad de su dueña desmintió la calumniosa especie de que "en México convidan á beber, pero no á comer." Georgina no se desprendía de mi lado.

—¿Se va, señor? ¿No quiere ya trabajar aquí?

—Calla, niña; que no se entere la señora.

Y trataba de consolarla; mas la pobrecilla me acechaba, sentada en la escalera:

—No se marche, señor; ¿por qué no me deja ya la ropa sucia? ¿Está enfadado conmigo, señor?

¡Enfadado con ella! Una lágrima rebelde asomaba á mis ojos, comprendiendo que mi crímen era hijo de ese funesto orden de cosas que llamamos leyes sociales y religión. A la noche siguiente, á las nueve, dejábamos la ciudad de México sin otro equipaje que una maleta, y en un wagón de tercera que conducía, con destino á las fincas henequeneras de Yucatán, un montón de indios emigrantes de los estados del norte.

UN VIAJE A MEXICO

TERCERA PARTE

VERACRUZ

I

Llegamos á Veracruz al amanecer, transidos de frío, y nos dirigimos, maleta en mano, á la plaza ó parque principal, en uno de cuyos bancos nos sentamos á deliberar. Teníamos setenta y cinco centavos por todo capital, una carta del ministro para el cónsul y una tarjeta de un amigo para un compatriota residente en la tres veces heróica ciudad. Por el pronto, nos desayunamos en el café "Diligencia," frente al parque, y obtuvimos del camarero que nos cuidara la maleta "un rato." Ya desembarazados de aquel bagaje dimos un delicioso paseo por los muelles, que nos atraían misteriosamente, como si tuviéramos hambre de ver el mar. Luego Pedro visitó al consul, mientras yo me entretenía contemplando á los zopilotes, (auras de cabeza blanca) que se paseaban tranquilamente por las calles, limpiándolas de inmundicias. Pedro reapareció.

—¿Qué hubo?

—Tenemos que volver á la tarde, antes de las cinco; es probable que embarquemos mañana.

Gastamos, para almorzar, lo que nos quedaba; la maleta, abandonada en un café, nos preocupaba bastante, y decidimos hacer uso de la tarjeta; nos presentamos en el bufete de un abogado, donde hallamos á nuestro compatriota, que era pasante ó cosa por el estilo. Nos dijo sonriendo:

—Sí, estuve en la capital hace poco y oí hablar bastante de ustedes.

—Bueno, pues la franqueza ante todo: no tenemos un centavo, ni donde guardar la maleta que traemos; pero esperamos que el consul nos embarque mañana.

—No se apuren; dentro de diez minutos arreglaremos eso.

Al cabo de los cuales salimos del bufete, recogimos la maleta, y Tomás, nuestro compatriota, nos llevó á un hotel cercano titulado "Las cuatro naciones." Allí penetramos en una habitación por la que se paseaba, en calzoncillos, un joven alto y flaco que hablaba con otro recostado en una cama.

—Caballeros,—dijo Tomás, entrando—aquí les traigo dos paisanos, que me recomiendan mucho, y que van para la Habana.

Pedro conocía superficialmente al que estaba acostado.

—Sí, yo hace dos años que salí de la Habana, pero me parece recordar haberlo visto mucho por el "Café Alemán."

—Sí, hombre; si usted se llama....

—Carrillate.

—¡Eso es, Carrillate!

Empezamos á contarles nuestra odisea, á

grandes rasgos, mientras nos lavábamos para mudarnos de ropa interior. El compañero de Carrillate, Agustín, también cubano, se puso en cueros vivos para darse una untura: estaba sarnoso. Pedro, entonces, lanzando exclamaciones ponderativas, relató lo que le había hecho padecer aquella horrible dolencia; y concluyó por bajarse los calzoncillos y mostrar á su auditorio, con cierto orgullo, las cicatrices de sus asentaderas. Después dió á Agustín una copia de la receta que usara en la capital, pero declarándole que aquello solo se curaba en los baños sulfurosos de Puebla de los Angeles.

Por la tarde ya teníamos hambre cuando Agustín nos llevó á un café situado en la zona de lenocinio. Agustín era pianista de un "congal," y nos dió cuantos informes le pedimos de "la gente" de Veracruz. Aquello era muy distinto á Puerta Falsa, Dolores Cuajomulco, Victoria, Teja, Rebeldes, Escondida, Chiquihuiteras y tantas otras. Allí la callejuela única, la Reforma, tenía el aspecto que las nuestras, con sus accesorias inverosímiles y sus mujeres canturreando, frente á la puerta, la copla monótona. Pero tampoco faltaba el piano en aquellos "congalitos," donde un rato de baile hacía menos brutal la visita.

En el café, Agustín abrió el piano, viejo y desafinado, y nos obsequió con una serie de danzones; pero teníamos hambre, y al estómago no puede engañársele con músicas. Celebramos su habilidad, pero estábamos fastidiados, mirando, en una pared del salón un nacimiento de Venus tan groseramente trabajado que hería nuestra delicadeza artística. Cerca de las cinco volvi-

mos al consulado, donde nos esperaba una mala noticia: aunque al día siguiente salía el correo de la línea de Ward para la Habana, no había ya el tiempo suficiente para arreglar nuestro embarque, en calidad de "ganaderos." Ir de ganadero era, según manifestación del consul, una mera fórmula para obtener pasaje gratis, con nuestros nombres agregados á la plantilla del personal que conduce el ganado vacuno de Veracruz á la Habana A las siete, Carrillate nos preguntó si habíamos comido.

—No, chico; estamos discurriendo dónde podríamos asar un zopilote.

Entonces nos llevó á un fonducho cercano á la estación del ferrocarril, donde comimos una bazofia que nos llenó el estómago sin hacerle gastar más de cincuenta centavos entre ambos. Luego nos sentamos en el parque, á hacer la digestión. La hora del crepúsculo, infinitamente triste, tenía para nosotros remembranzas de pasadas glorias, y, sin hallarnos amilanados, veíamos transitar por la plaza alguna que otra gallarda veracruceña, la seguíamos con los ojos siempre audaces, pero reflexionábamos silenciosamente, ahondando en los recuerdos de nuestro pasado tormentoso. La altísima torre de la Catedral, frente al parque, estaba cuajada de zopilotes que se disponían á conciliar el sueño, como graves personajes envueltos en su túnica negra, y la cruz de hierro que remataba el campanario, cubierta de aquellas hediondas aves, se recortaba en el grisáceo cielo, como un dije raro y fúnebre, como un signo enigmático de una creación humana sobre la que depositaban su detritus los infalibles seres de la creación natural.

¿Dónde dormiríamos? No estábamos dispuestos á pasar la noche en aquel cuartito infestado por la sarna de Agustín, y decidimos buscar nuestras camas en algún "congal." Amaríamos para dormir, sin que aquella necesidad fuera un pretexto de nuestra conciencia, porque maldita la gana que teníamos de frecuentar los burdeles, sin un centavo en el bolsillo; pero, aunque hasta la una de la noche estuvimos mendigando amor y descanso de nuestros molidos cuerpos, la Fortuna nos volvió las espaldas. El resto de la madrugada lo pasamos en un banco de la Alameda, mortificados por la falta de cigarrillos, pero rindiendo homenaje á Díaz Mirón:

"El ave canta aunque la rama cruja."
"Como que sabe lo que son sus alas."

II

Por la mañana nos encontró Tomás, y nos pagó el desayuno. Al enterarle que no podíamos embarcar hasta la semana siguiente, se mostró afectado, porque carecía de recursos para protegernos.

—Aquí se impone,—dijo Pedro—que yo le dé un "sablazo" al consul.

Lo alentamos en tan buena idea y marchó decidido. Un cuarto de hora después reapareció en la esquina de la calle, gesticulando, desde lejos, y tirándose á fondo sobre un contrincante imaginario. El consul le había dado un billete de diez pesos. Nos dirigimos al hotel, á reformar nuestra "toilette," y encontramos á Carrillate tallando una partida de "monte." El "punto" era el encargado de "Las cuatro naciones." un

viejecillo cetrino y vigoroso; estaba en camiseta, al pié de la mesa que fungía de tapete, y cuando le echaban algún dos en el albur jugaba invariablemente en contra de ese naipe; pero los doses se daban prodigiosamente, haciéndole mascar con ira el tabaco apagado que sostenía en la boca.

Carrillate nos dijo:

—Caballeros, pueden apuntar. Admito todo, con dinero en mano, se entiende.

Pedro me miró; un dos acababa de partir en idem al viejecillo, que se fué echando pestes, pero prometiendo volver. Mi digno compañero dijo entonces, sacando el billete de diez duros:

—Vamos, mi querido, retira "el animal" ese que le empujas al viejo. ¿Tienes barajas nuevas?

Carrillate, que no esperaba aquello, trató de sincerarse; sacó unas barajas nuevas, que examinamos, y nos dijo que tenía en su cartera una letra de trescientos y pico de pesos, de un tío suyo que representababa la empresa del Circo Orrin, pero que él podía "operar" con ese dinero. Y sacó algunos billetes para hacernos frente.

Yo no quise jugar, dejando á Pedro toda la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir; ganaba unos diez y ocho duros cuando el hambre le hizo levantar la sesión. Nos fuimos á almorzar con el banquero, y al hablar del cansancio que nos dominaba, Carrillate, para que no nos alejáramos de él, nos explicó que podíamos vivir en "su" hotel, pagando la cama por días. Entonces comprendimos que "Las cuatro naciones" era semejante á "Las flores de Mayo." Carrillate y Agustín vivían allí con cierta estabilidad después de haber engatusado al viejecillo con aquellas partidas de "monte" en que jamás ganaba.

—En resumidas cuentas,—resumió Carrillate—que vivo gratis y encima le gano el dinero al viejo.

Le contestamos que era "una fiera," y animados por un almuerzo suculento, volvimos al hotel, pagamos dos camas, y nos "fajamos," baraja en mano. A la hora de comer habíamos ganado más de ochenta pesos á Carrillate, que con aquella "vara" en el cuerpo no quería levantar la sesión; pero ¡vaya si la levantamos! Hacía rato que por debajo de la mesa daba yo tremendos pisotones á Pedro, y hablaba de irnos á comer al mejor restaurant de Veracruz. Carrillate nos debía cincuenta pesos, y hablaba de hacer efectivo el giro, si no se desquitaba en la otra sesión.

Después de comer, caimos rendidos en la cama, tranquilos de espíritu. Hacía sesenta horas que no nos acostábamos. Al día siguiente, muy temprano y después de hacer vanos esfuerzos porque mi digno compañero abandonara el lecho, salí, solo, á dar un paseo, y volví al hotel cargado de chucherías que servirían para adornar nuestro tocador en la Habana. Luego de almorzar comenzamos la nueva sesión, y por la noche, cuando la levantamos, Carrillate nos había dejado sin un centavo. Como si aquello no fuera natural, lógico, nos quedamos estúpidamente asombrados; empeñamos los restos de nuestro equipaje y no tardamos en vernos en esa espantosa situación del que carece, en una ciudad desconocida, de albergue y de pan. Veracruz fué nuestro vía cruxis, y no he podido retener en la memoria muchos detalles de nuestra última dolorosa etapa; solo recuerdo que no pudimos embarcar la semana siguiente, porque dió la infausta casualidad que el

correo siguiente no condujo ganado en aquella travesía. Eran siete días más de espera, y el señalado para nuestra marcha en el "Vigilancia" se desató un furioso viento norte que retrasó dos días el embarque de las reses. Esos "nortes" son calamitosos en Veracruz; la arena ciega, y las gentes obligadas á transitar por las calles usan espejuelos con anteojeras, haciendo de la ciudad un pueblo de oftálmicos ó miopes. Por fin, una mañana pisamos el entrepuente del "Vigalancia," sin otro equipaje que las ropas puestas y los estómagos desfallecidos por el ayuno.

III

Al día siguiente, al amanecer, dormíamos á pierna suelta sobre unas camas de lona, portátiles, cuando nos despertó un oficial del buque, chapurreando el castellano:

—¿You ganaderos?

—(¡.....!)

—Come on, you both, come on tu work.

Le seguimos, restregándonos los ojos, y el yankee nos condujo á la cubierta de proa, donde nos señaló una bomba de dos brazos, diciendo claramente:

—¡Una hora!

Pedro y yo nos miramos petrificados. Sin darnos cuenta nos vimos pegados á la bomba, uno frente al otro, y sin haber pronunciado una palalabra. Luego salió la explosión, al retirarse el oficial, y al acompasado vaivén de nuestros brazos sobre los de la bomba: aquello era una infamia del consul; nos había engañado, nos había dicho que ir de "ganadero" no entrañaba aquella y quién sabe cuáles otras obligaciones, y hétenos á

nosotros, todavía vestidos con cierta elegancia y los pescuezos oprimidos por altos cuellos, desempeñando el oficio de marineros. ¿Qué pensaría de nosotros el pasaje, aquellas mujeres que había en la toldilla? Mirábamos azorados á nuestro alrededor. ¡Una hora de bombeo! Y nos despojamos de los sacos y los cuellos, con un deseo desesperado de "no parecer gentes." Pero al fin lo "tiramos" á choteo:

—¡Andale, Pedro, dale duro, que ahorita llegamos á París!

No trabajamos más aquel día, en que el ejercicio nos hizo hallar aceptable el potaje blanco y las patatas cocidas que nos repartieron á las horas de comida en el endemoniado buque.

Pero mi digno compañero, luego de concluída nuestra obligación, me declaró solemnemente que él no llegaba á la Habana en aquellas condiciones, que se fugaría del vapor cuando tocáramos en Progreso, porque llegando á Mérida nos sobrarían recursos para pagar los pasajes.

—Eso es una locura, Pedro; reflexiona que tres días más se pasan como quiera, y ya en la Habana repetiremos la eterna historia del hijo pródigo, la vuelta á los lares.

Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Leíamos en la mirada de los pasajeros de nuestra esfera social, algo que Pedro no tenía bastante filosofía para soportar, pagado de esos prejuicios que en realidad son indesechables para ciertos espíritus. ¿Ibamos, pues, á separarnos en el epílogo de nuestras aventuras?

—Sí; continúa tú para la Habana, que yo te prometo estar á tu lado antes de quince dias.

Y así fué. Se fugó del "Vigilancia" al tocar

en Progreso, pero catorce días después nos abrazábamos en la Habana, donde el tiempo no borraría los recuerdos que evocamos con las dulces canciones mexicanas:

"Por qué no fueron aquellas horas como soñé."
"Por qué se fueron y ya no pueden jamás volver."

FIN

EL CINEMATOGRAFO

EL CINEMATOGRAFO

Ayer, hojeando un libro, hemos sabido que el califa Alí, hijo político de Mahoma, había observado con frecuencia que *los hombres se parecen más que á sus padres, á los tiempos en que viven.* Y esta noticia nos ha convencido de que no es absolutamente preciso estar emparentado con el profeta de Alá, para comprender, por puro espíritu filosófico, que nuestra fisonomía intelectual posee los rasgos indelebles de nuestro medio y de nuestra época.

De Homero y de Virgilio al Dante y á Shakspeare, de todos á Cervantes, la Literatura ha recorrido una perfecta gradación en lo épico, lo dramático y lo cómico, para cristalizarse hoy en un aparato ó un insecto de cuyo ojo luminoso brota la maravillosa visión en que se unifican el teatro y la novela. Es, pues, el cinematógrafo, el super-arte, tangibilizado por una especie privilegiada que se cree *desprendida* de una rama de los monos catirrinos, (prosimiæ) y este super-arte, que no hace plegar el ceño á los analistas psicólogos, como lo pliegan los zoólogos sistemáticos frente al super-hombre de Nietzche, nos da derecho á creer que la Literatura ha dicho su última palabra. Toda ella la vivimos en el cinematógrafo: clasicismo, romanticismo y naturalismo impregnados de sus coloridos característicos, épico

dramático, cómico, fantástico inclusive; nada hay que desear, ni siquiera lo instructivo en el concepto pedagógico: lecciones objetivas de cómo se pesca la ballena ó se hace el carbón. Solo hemos olvidado una cosa, tontamente filosófica: que vivimos todos los seres más ó menos el arte, la vida real, que nos *cinematografeamos* á nosotros mismos alardeando de moral privada y pública con la misma consciencia que el loro real prefiere la España á Portugal.

No se permite la exhibición, en el teatro "Alhambra," de películas... *sicalípticas*, porque espectáculo de esa índole no es digno de nuestra cultura; eso solo se concibe en poblaciones tan atrasadas como París, Madrid, Barcelona, Roma, Turín, New York, Buenos Aires y cien más; esas exhibiciones soliviantarían la imaginación y ofenderían el candor de las familias y tiernas criaturas que concurren al teatro "Alhambra. Para espectáculos que deleiten y beneficien, basta con los que se exhiben en los demas teatros y salones-teatros de esta capital, donde el superarte cinematográfico nos hace admirar cintas ó películas confeccionadas con el sentido común necesario para que aprendamos á distinguir la diferencia que existe entre las virtudes y miserias humanas; películas, por ejemplo, en que el adulterio conyugal, aunque se idealice á lo Dumas y Bourget, es siempre castigado, ó por lo menos regocijadamente ridiculizado en los amantes que corren en calzoncillos por calles, balcones y tejados, y cuyo fracaso indudablemente sirve de ejemplo á nuestros tiernos hijos y futuras madres de familia, para precaverse de tales pecados. Las gentes locas que pierden su tiempo leyendo á

Pestalozzi, á Frœbel, á Compayré, á Spencer y otros varios, son demasiado temerosas al creer que á nuestros tiernos hijos y futuras madres de familia pudiera ocurrírseles jugar inocentemente, como juegan los niños, y hacer más tarde, en serio, lo que vieron en el cinematógrafo, compendio del teatro y la novela; naturalmente, los que llegan á pecar no lo hacen porque hayan visto el pecado descrito, por ejemplo, en una película cinematográfica; para eso saben los jefes de sociedades, que son también jefes de familia, que el pecado nace con nosotros, que lo traemos aprendido, á consecuencia de la falta cometida por Adán y Eva. Para que tuvieran razón esos filósofos que niegan el innatismo y reconocen la supremacía del instinto, que aseguran que se nace ni bueno ni malo, sería preciso que las Sagradas Escrituras estuviesen equivocadas en otros dogmas como se equivocaron en los de la inmovilidad, fórma y tamaño de la tierra, la solidez de la bóveda celeste, la desemejanza psico-física entre la especie humana y las demás de la creación, la desagregación de la personalidad psíquica por la divisibilidad de la fuerza y la materia y la existencia del Infierno y Purgatorio que Dios nos mantuvo oculta hasta el siglo trece, en que la descubrieron los concilios, más ó menos ecuménicos.

Entonces tal vez nos convendría que en el teatro "Alhambra" se permitiese la exhibición de películas sicalípticas y se prohibiesen en los otros esas cintas irracionales que no dejan sentir en los corazones de nuestros tiernos hijos y futuras madres de familia el latido de la nueva epopeya de la Literatura: la moral bien entendida, cuando los reales loros la entiendan bien.

This book should be returned
the Library on or before the last da
stamped below.
A fine of five cents a day is incurr
by retaining it beyond the specifi
time.
Please return promptly.